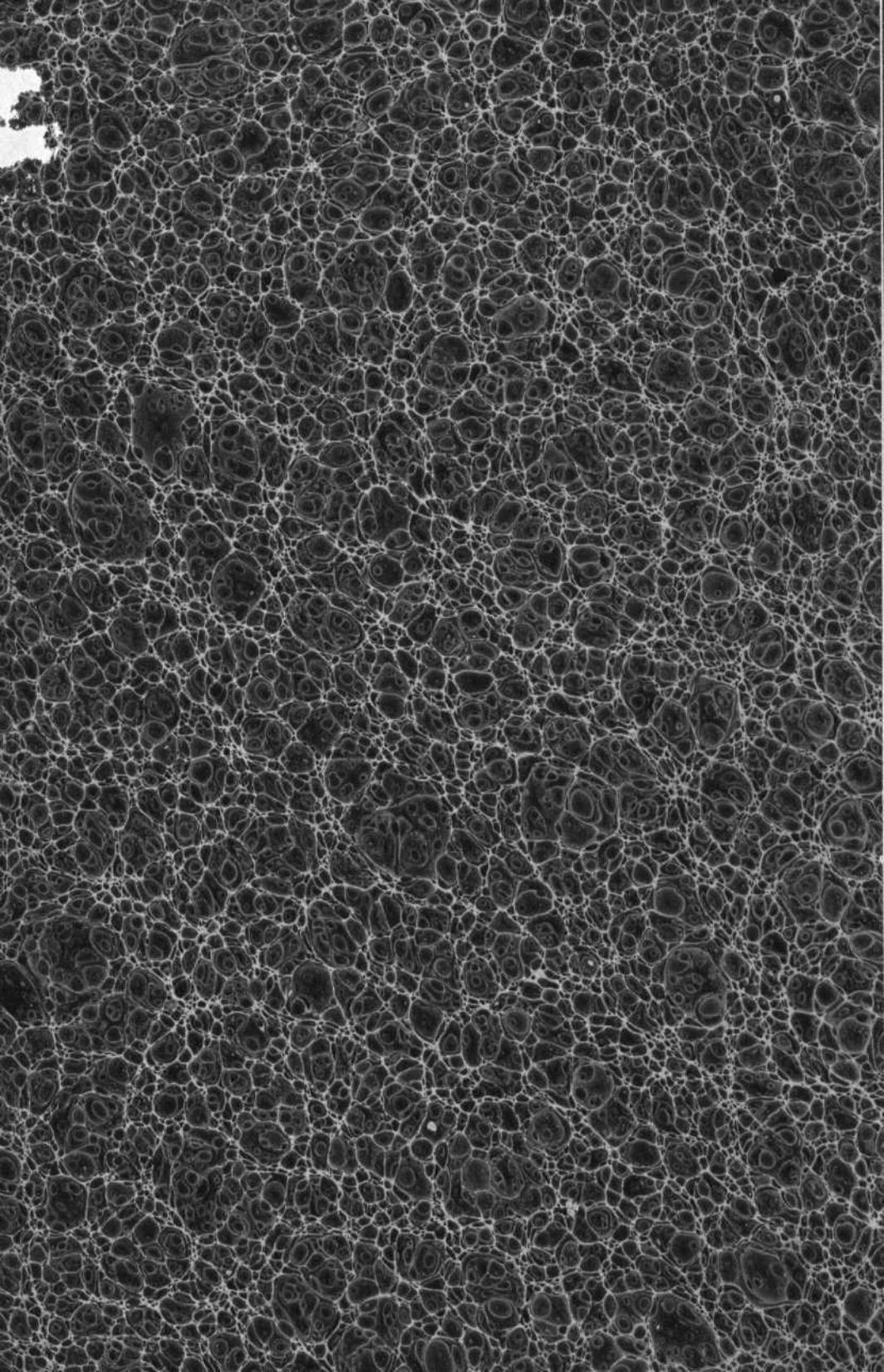
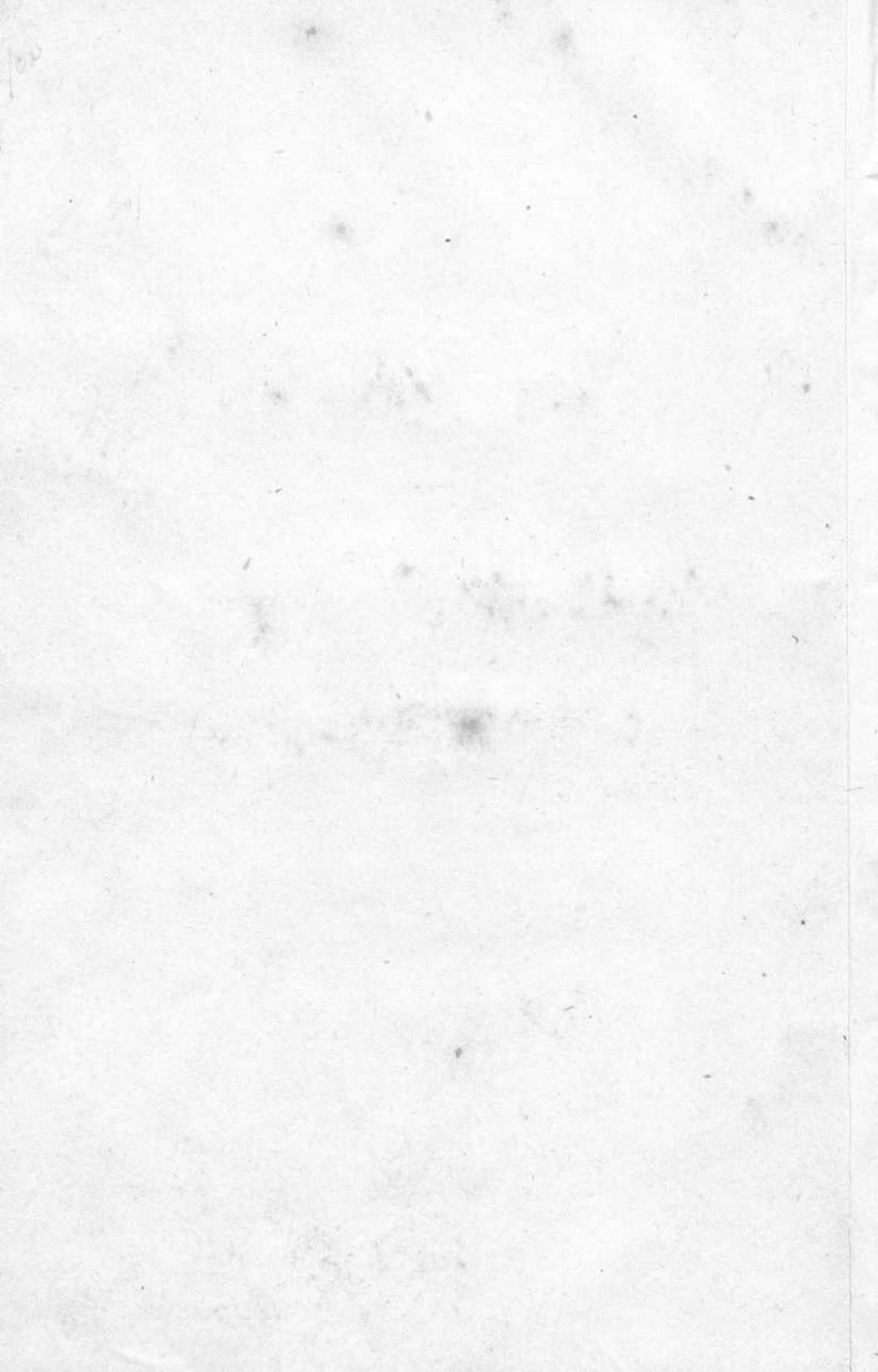




BLAZQUEZ  
PLAZA NUEVA-2.  
SEVILLA







#

300  
470

# SAN FERNANDO.

—

POEMA.

t. 170061  
c. 1220636

SAN FERNANDO

*Este poema es propiedad de su autor.*

**SAN FERNANDO,**  
**REY DE CASTILLA Y DE LEON:**

POEMA EN TRES CANTOS,

DEDICADO

**Á SS. AA. RR.**

los Serenísimos Señores Infantes Duques de Montpensier;

ORIGINAL

**DE D. MANUEL GARCIA MUÑOZ.**



SEVILLA.-1859.

—  
IMPRESA DE LA VIUDA DE GÓMEZ ORO, SANTIQUOSA, COMPAÑIA,  
calle de los Colcheros números 26 y 27.

S. N. FERNANDO.

REY DE CASTILLA Y DE LEON.

A FORMAR LOS REYES.

INDICADO.

A S. A. R. R.

DE D. MANUEL GARCIA MUÑOZ.



SEVILLA 1820.

PRINTED BY ...



R. 135326

## Á SS. AA. RR.

Cuando el acento de mi voz resuena  
junto á la tumba de Fernando el Santo,  
y doy tortura á mi modesta vena  
para que inspire mi sentido canto,

cuando relato del guerrero augusto  
la fé y la gloria de la eterna vida,  
y la conquista en que del moro adusto  
dobló venciendo la cerviz erguida,

cuando el blason de nuestra noble historia  
en rudos versos bosquejar intento,  
¿á quién consagro la trazada gloria,  
á quién mi corazon, mi pensamiento?

Del monarca San Luis, contemporáneo  
del Santo Rey de mi poema oscuro,  
sin duda el mejor hijo coetáneo  
honra á Sevilla con su aliento puro:

y un ángel descendiente de esos Reyes  
su huella imprime en su fecundo suelo,  
no como aquellos promulgando leyes,  
sinó vertiendo con su amor consuelo.

El egregio francés, la noble dama,  
son el astro de luz que en mi camino  
la bienhechora claridad derrama  
que suaviza el rigor de mi destino.

A ellos no mas mi désacorde lira  
y el débil rasgo de mi pluma inculta  
me toca consagrar; que mi alma aspira  
á demostrar su gratitud oculta.

¡Oh! ¡Si á Homero y Virgilio, el Dante y Tasso  
pudiera yo imitar! si mi poema  
rico de fé pero de gala escaso  
alcanzára la verde diadema,

¡con qué placer á vuestros pies postrado  
os entregára la corona eterna!  
y al daros mi tesoro maspreciado  
viérais la lealtad de mi alma tierna.

# CANTO I.



## D. FERNANDO DE CASTILLA.



### INTRODUCCION.



La cruz era la enseña del cristiano,  
la media luna la del moro altivo,  
y el esforzado pueblo castellano  
la reconquista prosiguiendo activo,  
el sagrado estandarte clavó ufano  
á despecho del moro fugitivo  
en las macizas torres de Sevilla  
guardadas por los hijos de Castilla.

El campo verde con la sangre rojo  
selló la gloria de la grande empresa  
que acometida con pasmoso arrojo  
al árabe espantado dió sorpresa:  
llanto vertiendo de dolor y enojo  
abandonaron su estimada presa,  
y en el suelo feraz de Andalucía  
dominó la cristiana monarquía.

El Santo Rey la vencedora espada  
dejó en las aras del altar sagrado,  
y oró en el templo con la faz bañada  
de religioso brillo perfumado,  
premió á la hueste que luchó esforzada  
en los encuentros del combate airado,  
y dispuso las zambras, y festines  
ansiados por los bravos paladines.

La fantasía al esplendor se entrega  
de ese recuerdo de alborozo y gloria  
que con su encanto y sus tesoros lega  
página eterna á nuestra rica historia:  
á nuestro oído, á nuestra mente llega  
y grabada se queda en la memoria  
la trova alegre del juglar errante  
que peleó junto á la cruz triunfante.

Del grave bardo la cancion guerrera,  
del trovador la cántiga amorosa,  
del árabe la guzla lastimera,  
el son de la campana temblorosa,  
del corcel el relincho y la carrera  
y el eco de la trompa belicosa,  
poblaron el espacio de armonía  
en el solemne y anhelado día.

Las plumas cimbradoras del almete  
medidas por el viento que las riza,  
la apostura galana del jinete  
que viste la armadura de la liza,  
y la banda que oculta en su retrete  
bordó la linda dama que le hechiza,  
ostentan la arrogancia y la ventura  
del bravo campeón de la hermosura.

Esa del siglo trece gala inmensa  
y la historia del Rey canonizado,  
tal vez haciendo á su memoria ofensa,  
voy á cantar aunque inesperto osado;  
que desde el fondo de la niebla densa  
de que mi pobre ingenio está cercado  
surje una voz celeste que me anima  
á que á mi audaz intento ponga cima.

La sombra de la Reina Berenguela  
tal vez demanda que mi canto acabe;  
su madre acaso que repita anhela  
lo que el buen español venera y sabe;  
sin duda aun en la tumba se desvela  
por el modesto Rey dulce y suave  
que á la diestra de Dios tiende su mano  
hacia su antiguo pueblo castellano.

Señor, que al vate de la oscura lira  
desde tu trono azul oyes sin duda,  
con ojos de piedad escucha y mira  
al que es forzoso que á tu ser acuda;

de mi tu enojo y tu rigor retira  
y mi razon con tu bondad escuda:  
dame para cantar á tu Rey santo  
la fé suprema del celeste canto.



En las montañas de Leon nacido,  
bajo la sombra del amor guardado  
en las delicias del paterno nido,  
creció Fernando amante y adorado:  
de dolencia mortal acometido  
en lecho de dolor se vió postrado;  
y su madre solícita, angustiada,  
á la Virgen oró desconsolada.

Bálsamo fué que le tornó á la vida  
el ruego puro de la madre hermosa;  
que la Reina del cielo condolida  
oyó la voz de la matrona ansiosa:  
al pueblo de Leon fué referida  
la cura celestial, maravillosa,  
y en el portento vió la amiga estrella  
que de Fernando iluminó la huella.

El tierno infante, como yedra hermana  
del verde tronco que le dá sustento,  
pasó el albor de su primer mañana  
en tranquilo filial recojimiento:  
entre el ambiente de piedad cristiana  
de fé nutrido y de amoroso aliento,  
á Berenguela le debió el consuelo  
de una vida feliz que le abrió el cielo.

En lucha aciaga contra el moro inpio  
la raza goda en Guadalete opresa,  
su justa causa con bizarro brio  
sostuvo audaz en la marcial empresa:  
mas de una vez el porvenir sombrío  
desde la inmoble desleal sorpresa  
mostróse al descendiente de Pelayo,  
víctima al ser de vengativo rayo.

Astúrias comenzó la reconquista  
y su ejemplo siguió la España entera,  
y cada poblacion se halló provista  
de un absoluto Rey que alzó bandera:

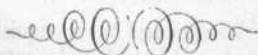
el español para la lid se alista  
y el estandarte de la cruz venera;  
y el orgulloso usurpador batalla  
ansioso de romper la fuerte valla.

Fatal discordia emnegreció la tierra:  
y en ese siglo de mortal estruendo,  
en medio del clamor de ardiente guerra  
y de las armas entre el choque horrendo,  
su alma sin duda en la empinada sierra  
á su mision heróica disponiendo,  
el vástago real de Alfonso nono  
á Dios honró para ocupar un trono.

No sin luchar con la ambicion odiosa  
que al padre con el hijo indisponia,  
con la casa de Lara poderosa  
y otros nobles de prez y de valia,  
Berenguela alcanzó la sien gloriosa  
del modesto Fernando ornar un día  
con la corona que abdicó de grado  
á favor del infante idolatrado.

Rey de Castilla, engrandeció su suelo  
peleó contra el moro con fortuna,  
y tendiendo veloz su altivo vuelo  
en su reino abatió la media luna;  
al castellano trasmitió su celo;  
y nunca perdonó ocasion alguna  
de estirpar al impio mahometano  
con religiosa fé y afan cristiano.

Muerto su padre colocó en su escudo  
unidos los castillos y leones,  
venció al rebelde que se alzó sañudo,  
perdonó á los rendidos campeones,  
y con las huestes que en sus reinos pudo  
juntar contra el infiel, sus oraciones  
elevando hasta el trono de María  
la conquista emprendió de Andalucía.



4.<sup>o</sup>

## EL FESTIN.

---

Suena el laud; apiñado  
el pueblo sus ojos clava  
en los vidrios de colores  
de la gótica ventana:

la luz en ellos dibuja  
las anchas sombras fantásticas  
que se acercan y retiran  
y se achican ó se agrandan.

En el palacio de Búrgos  
y en sus espaciosas salas  
algo de extraño sucede  
que los ánimos embarga.

¿Por qué la callada plebe  
en silencio amontonada  
alegre respira apénas  
por atender al que canta?

¿Qué espera la muchedumbre  
que asiste arremolinada  
á escuchar el son confuso  
de la interior algazara?

¿Será que en ella comprende  
alguna grata esperanza  
para el porvenir sombrío  
que en su memoria se alza?

¿La sonrisa del magnate  
que al placer entrega el alma,  
cura acaso las dolencias  
del concurrente á la plaza?

El palacio está alumbrado,  
la corte ostenta sus galas,

y el perfume de las flores  
la brisa tranquila exala;

y la alfombra que se extiende  
sobre las mármóreas gradas  
la fiesta solemne anuncia  
que así el júbilo derrama.

Suena el laud, y la trova  
dulce, pura y delicada,  
rica en conceptos sutiles,  
así los hechos relata.

“Estranjera mas hermosa  
que la rosa  
del pensil,  
si Alemania te ha perdido  
te ha adquirido  
un Rey jóven en su abril.

Berenguela su ternura,  
su ventura  
te entregó:  
con la mano  
del galano  
jóven Rey su alma te dió.

Una corte de guerreros  
caballeros  
mandarás;  
con sus almas  
ricas palmas  
á tus pies siempre tendrás.

Beatriz bella, soberana  
castellana  
vas á ser;  
y en tu frente  
dulcemente  
láuro réjio ha de crecer.

De tus vástagos la historia  
de alta gloria  
cenirá  
el destino  
que el camino  
de su vida alumbrará.

Eres bella como el sueño  
mas risueño  
del amor;  
como pura

criatura  
bendecida del Señor.

En Fernando, cariñoso,  
fiel esposo  
encontrarás:  
del cristiano  
soberano  
reina del amor serás.

Te idolatra el Rey Fernando  
que anhelando  
ser feliz,  
vé la estrella  
de su huela  
en su amante Beatriz.

Cuando luche contra infieles,  
los laureles  
de su sien  
á tu mano  
dará ufano  
para colocarlos bien.

Alemana seductora,  
por señora  
te elijó  
el soldado  
que prendado  
de tus gracias te adoró.

—  
Era la voz sonora como arrullo  
del tierno morador de la enramada  
que canta los perfumes de la brisa  
dando sus tonos á las frescas auras.

El canto del amor no le era extraño  
á la dócil suavísima garganta  
acostumbrada á celebrar las glorias  
de su Rey, de su patria y de su dama.

Aun resonaba la vibrante nota  
en la lujosa concurrida estancia,  
cuando un apláuso general recibe  
la última estrofa que conmueve el alma.

Ruborizado el trovador saluda,  
yendo á postrarse á las reales plantas  
de Beatriz, de Fernando y Berenguela  
que con afán solícito le alzan.

Así Fernando le dice,  
dándole á besar la mano,  
con acento soberano  
pero exento de altivéz.

—“Diego Perez, tus canciones  
“son reflejo de tu alma,  
“y en tu voz brilla la calma  
“de una vida sin doblez.

“Mucho placen tus cantares  
“á mi esposa enamorada  
“y á mi madre idolatrada,  
“que con lágrimas de amor  
“han bañado sus mejillas,  
“consagrándolas gozosas  
“á las cántigas preciosas  
“del esperto trovador.

“Los maestros de las órdenes,  
“los ministros del supremo  
“te oyeron con gozo extremo,  
“con gozo yo te escuché:  
“tu bozo apenas apunta,  
“pero es robusto tu brazo,  
“y el ansiado espaldarazo  
“yo mañana te daré.”

Postrado de hinojos las manos besaba  
del Rey castellano contento el doncel;  
y así proseguía el Rey que le honraba  
por noble y apuesto, por bravo y por fiel.

—“Conmovido estás, y ahora  
“tu trova será mas pura;  
“canta al Señor de la altura  
“tu mejor inspiracion;  
“canta, que bien necesito  
“para mi empresa arriesgada  
“que la celeste morada  
“me otorgue su bendicion.”

Sonó otra vez el eco de armonía  
que á la mansion etérea se elevaba,  
y al trono de Jesus y de María  
envuelto en gasa azul puro llegaba.

A imitacion del Rey todos oraron;  
y despejando en breve el aposento,  
D. Fernando y D. Pedro en él quedaron  
mientras la corte se entregó al contento.



2.º

EL REY Y SU CONFESOR.

---

Era D. Pedro Gonzalez,  
el confesor del Monarca,  
respetable por sus años  
y por su cabeza cana,  
hombre muy dado al estudio  
de su carrera eclesiástica,  
ilustre varon y docto  
con quien el Rey consultaba.  
—“Habeis visto á Beatriz?”  
dijo el Rey: con voz pausada  
el anciano venerable  
contesta:—“Beátriz de Suávia  
es un ángel que hará dulce  
vuestra existencia agitada.  
—“Es la eleccion de mi madre.”  
—“Eleccion para vos grata.  
“Sucesion tendréis un dia,  
“honra del Rey y la pátria,  
“que el padre que virtud siembra  
“fruto de virtud alcanza.”

Su plática prosiguieron  
mientras la plebe impulsada  
por curiosidad ansiosa  
que el fin de la fiesta apaga,  
en silencio se retira  
humilde y preocupada,  
el enlace comentando  
al abandonar la plaza.



3.<sup>o</sup>

## LOS VARGAS.

Era una noche del helado invierno,  
oscura y triste y misteriosa y cruda;  
sombria y lenta como el duelo interno  
que el alma hiere con punzada aguda.

Las pardas nubes que el espacio llenan  
sombrias parecen que el terror anima,  
fantasmas que sin duda se encadenan  
de la ancha cavidad en la alta cima.

Envuelta en sombra la dormida tierra  
velan tan solo en ella el viento y agua,  
cuyo sonido en la escarpada sierra  
tal vez espresa lo que el cielo fragua:

tal vez esos murmurios emisarios  
de aquellas nubes que preñez ostentan,  
advierten en los valles solitarios  
el huracan con que su son aumentan.

--“¡Tremenda noche á fé, querido Diego!”  
--“Oscura como mi alma, hermano mio,  
“que no puede encontrar paz ni sosiego  
“inerte ya para el dolor impio.”

Dos caballeros que el camino siguen  
que á la mural Valladolid conduce  
tal plática comienzan y prosiguen  
que á lo que vá á espouerse se reduce.

--“¿No podrás olvidar? Lo intento en vano:  
“lucho y relucho por tenerla lèjos,  
“y en mi abrasada mente veo, hermano,  
“de su brillante imágen los reflejos.

„Fuerte como mi malla el pecho mio  
„nunca sintió el dolor que ahora le aqueja:  
„esta pasion desvaneci6 mi brio;  
„me atormenta, me postra y no me deja.“

— „¿C6mo t6 tan leal, tan caballero,  
„pusiste en ella tu mirada ardiente?“  
— „Arcano es que sondar en vano quiero,  
„que no le puede comprender mi mente.

„Ojalá nunca su sonrisa viera  
„ni oyera el eco de sus labios rojos,  
„ni en mi pecho el ardor se introdujera  
„de la atractiva llama de sus ojos.

„Mas me valiera en el combate fiero  
„dar mi cuello á la corva cimitarra,  
„que sentir este amor del que no esper6  
„mas que el dolor que el corazon desgarrá.

„¡Yo traidor á mi Rey! ¡yo que daría  
„cien vidas que tuviera en su defensa!..  
„¡Armarme el caballero el mismo dia  
„que yo le hacia semejante ofensa!

Un Várgas! ¿Qué dirian en Toledo  
„si supieran el fuego que me inflama,  
„que me circunda de dolor y miedo?  
„¡Funesta, aciaga, inestinguible llama!

„Yo la veía en el festin, hermosa  
„como la imágen del primer ensueño  
„del alma enamorada y candorosa,  
„como el placer del corazon risueño.

„Olvidé su elevada gerarquia,  
„olvidé al Rey piadoso que la adora,  
„y un ángel contemplé que sonreía  
„puro como el encanto de la aurora.

Al pulsar el laud, fijos en ella  
„mis ojos se quedaron, en mi seno  
„penetró la luz viva que destella,  
„y le sentí de sus fulgores lleno.

„Yo que tan solo á mi troton de guerra  
„y á mis pesadas armas adoraba,  
„y palmo á palmo mi nativa tierra  
„al árabe guerrero disputaba,

„que el estertor de la agonía oyendo,

„y el rostro moribundo contemplando  
„seguia con delirio combatiendo  
„placer salvaje en la pelea hallando,

„que solo ante la cruz postré mi planta  
„y solo ante mi Rey bajé mis ojos,  
„cómo á ese anhelo infame que me espanta  
„mi vida y fé rendi como despojos?

„Mañana en el torneo, de su mano  
„quiero alcanzar la banda y morir luego.“  
— ¡Insensato!..“ — “Morir.“ — “Deseo insano!  
„Escúchame, infeliz, escucha, Diego.

„¿Amas á Dios?— Como el mejor creyente.  
— “¿Y á la virgen?— ‘La invoco en la batalla.  
— “¿Y vences y placer tu pecho siente!...  
— “Late mi corazon bajo la malla.  
— “Pues ámala y consagra tus acciones  
„á esa belleza que en la mente llevas,  
„y al adquirir por ella mas blasones  
„nunca su nombre á revelar te atrevas.  
„Culto interior á su hermosura dando  
„adórala en silencio eternamente:  
„no será criminal tu afecto blando  
„si el mundo ignora tu pasion ardiente.“

Caminaban silenciosos  
los apuestos caballeros  
por los angostos senderos  
de los campos espaciosos.

La faz al pecho inclinada  
y hondos suspiros ahogando  
va el mas jóven recordando  
su pasion desatentada.

Garci-Perez ruega al cielo  
por la calma de su hermano,  
y al pensamiento tirano  
la oracion presta consuelo.

En la mente de D. Diego  
se alza un alcázar dorado,  
un Rey de aspecto enojado,  
y un ángel de amores luego,

un palenque y una pira,  
un campeon de la dama  
que va á morir en la llama,  
que al juicio de Dios aspira,

y un padron de deshonor  
en su frente y en su escudo,  
y un pueblo entero, sañudo,  
que le ofende con rigor:

y la calma sucediendo  
á la horrenda pesadilla  
que le agita y que le humilla,  
á otra ilusion atendiendo,

ilusion que le enamora,  
ve á su amada que le ofrece  
el don que el valor merece  
y encanto puro atesora.

Y acentos de dulzura, y esperanzas,  
y triunfos y placeres y ventura,  
y un manantial de angélica ternura  
llenan su fantasia y corazon:

y brotan y seducen y cautivan,  
y crecen, se confunden, se evaporan,  
y el alma con recuerdos le enamoran  
ó con recuerdos matan su ilusion.

La inmensa lobregez contribuia  
á acrecentar fantasmas y quimeras  
que en raudo jiro á veces lisonjeras  
ornaban su existencia de placer,  
y á veces melancólicas, sombrías,  
en luto envueltas y de hiel cercadas,  
hervian en su mente aglomeradas  
gravitando su horror sobre su ser.

Un golpe que dió Perez con la lanza  
sobre la tosca vacilante puerta  
de una rústica choza, le despierta  
del insomnio que embarga su razon.  
—“Llegamos ya?” con sorda voz pregunta.  
—“Este el tugurio es que habita el moro  
“que dicen que posee un gran tesoro  
“en secretos que al Rey de estima son.”

Descabalgan á la par,  
y en la cabaña penetran  
donde un árabe caduco  
los recibe con sorpresa.



4.º

## EL TORNEO.

A una noche sin luz sucede un día  
que vierte brillantez desde la aurora,  
que espesas gotas de rocío envía  
al tierno tallo que refresca y dora,  
que saluda con ecos de armonía  
al que en las selvas y en los campos mora,  
y que al borrar la estela de las nubes  
se granjea el loór de los querubes.

Día de bendición para el cristiano  
que ve en Valladolid la tierna esposa  
del guerrero monarca castellano;  
día en que el pueblo goza, en que reposa,  
porque sonríe el noble soberano  
vencedor de la turba sediciosa;  
pues domando de Lara el fiero encono  
afirmó los cimientos de su trono.

En las Huelgas de Búrgos el prelado  
bendijo á los esposos: el Eterno  
guió la bendición del tonsurado,  
el Rey sintió un placer dulce é interno,  
el noble miró en él á un padre amado  
y el pueblo á un protector constante y tierno;  
que el altagloria de la santa guerra  
iba á ensanchar la castellana tierra.

Pasó á Valladolid regocijada  
la corte entera, al célebre torneo  
con sus galas de guerra preparada:  
de luengas tierras al marcial recreo  
llegó la juventud acrisolada,

rienda dando á su gusto y su deseo;  
que el simulacro bélico esperando  
el premio del valor están ansiando.

Anchos tablados y vistosas gradas  
se ven en torno del palenque estenso  
por damas y por nobles ocupadas,  
y en inferior lugar al pueblo inmenso:  
suena el rumor de inquietas oleadas  
que como niebla cubre el polvo denso;  
que el agudo clarín está anunciando  
la entrada del monarca D. Fernando.

Lujosa cabalgada le precede  
compuesta de leales caballeros,  
con cuanta pompa imaginarse puede  
en la opulenta flor de los guerreros:  
á todos el monarca les escede  
en costosos adornos lisonjeros,  
y en gracia. Beatriz, y en donosura,  
por Reina del amor y la hermosura.

El aire pueblan entusiastas vivas;  
se levantan y agitan su lenzuelo  
las bellas damas de la faz cautivas  
de la que cumple su curioso anhelo;  
y á aclamaciones cien consecutivas  
responden los monarcas con desvelo,  
ocupando por fin el real tablado  
á tan alta grandeza destinado.

La Reina madre en él los esperaba  
rodeada de fieles servidores,  
y de placer y de emoción lloraba  
escuchando del pueblo los loóres:  
á Fernando y Beatriz luego abrazaba  
celosa del vasallo y sus favores;  
y así les dice respirando apénas:  
—“Castilla os da la sangre de sus venas.”

“No estais espuestos como yo al tormento  
,,de que el santo Pontífice romano  
,,deshaga vuestra union: mi pensamiento  
,,realizo al mirar al pueblo ufano  
,,que os bendice cual yo en este momento,  
,,porque la egida sois del buen cristiano  
,,que elevando la cruz en su bandera,  
,,ánsia reconquistar la España entera.”

Interrumpió á la matrona  
el heraldo que anunciaba

á los nobles campeones  
que entrar en liza demandan.

Ansiosos esperan todos  
ver las figuras gallardas  
de los briosos guerreros  
que van á romper las cañas.

Los jueces respeto imponen  
con negras túnicas largas,  
con aspecto noble y grave  
y con inflexibles varas.

Van los maestros del campo  
cumpliendo las ordenanzas  
con los pajes y escuderos  
heraldos y reyes de armas.

Las dos puertas del palenque  
se abren á la par, y avanzan  
las dos opuestas cuadrillas  
con sus figuradas lanzas.

Por la puerta que da á oriente  
vienen los Perez de Vargas,  
capitanes esforzados  
de valerosas mesnadas. (1)

Los dos llevan en su escudo  
las ondas que veces tantas  
fueron terror de los moros  
en las sangrientas jornadas;

Rui-Martínez de Medina  
un leon en campo de plata;  
y Rui-Mendoza en el suyo  
ostenta una verde banda.

Por la puerta de occidente  
Rui-Mariño se adelanta  
con ondas como los Perez  
esculpidas en la adarga.

Peralta, Góngora y Zúñiga  
llevan un grifo con alas,  
leones y banda negra,  
blasones de sus prosapias.

Los gefes de la cuadrillas,  
Mariño y Diego de Vargas,  
cortesmente se saludan  
y al momento se separan.

Antes de empezar el choque  
pasean el ancha plaza  
luciendo su gallardía  
su destreza y su arrogancia.

Y saludando corteses  
á los benignos monarcas,  
marchan á ocupar sus puestos  
entre victores y palmas.

Quien no ha visto á Diego Perez  
sobre el corcel de batalla  
vistiendo tupida malla  
y ostentando su escuson,  
apreciar intenta en vano  
de un ginete la destreza,  
y la gracia y gentileza  
de un gallardo campeón.

En la flor de su existencia,  
alto, fornido, arrogante,  
con agraciado semblante  
y un espresivo mirar,  
no hay dama á quien no cautive  
el mancebo toledano,  
que gentil, bravo y ufano  
desea en la lid entrar.

Mariño, rival de Diego,  
es rival en la apostura,  
pero no en la galanura  
del toledano doncel.

Ocho son los lidiadores  
que la gloria se disputan,  
y todos se la tributan  
en silencio solo á él.

Los ardidos contendientes  
al son del clarín agudo  
se encuentran en choque rudo  
con rauda velocidad;  
y unos midiendo la arena,  
y otros asiendo otra caña,  
siguen la pelea estraña  
que les da celebridad.

Diego y Mariño se encuentran  
y se buscan y se evitan,  
y con la lanza meditan  
bote que impide el arnés;  
iguales cañas han roto,  
iguales suertes han hecho,

y de los dos el despecho  
igual y creciente es.

La lanza <sup>(2)</sup> de damas piden,  
la abrazan y con bravura  
como en la pelea dura  
se embisten con ansiedad:  
nube de polvo los cubre,  
el pueblo apenas respira,  
y el fiero combate mira  
con feroz serenidad.

Garcí-Perez y Peralta  
se distinguen en la lucha,  
porque es su destreza mucha  
y proverbial su valor;  
y si fuera de combate  
algun caballero queda,  
es que algun azar le veda  
cumplir cual toca á su honor.

Los partidarios de Diego  
ó diestros ó afortunados  
en la lid quedan honrados  
consiguiendo lauro y prez:  
tan solo Diego y Mariño  
las mismas lanzas han roto,  
y alcanzan el mismo voto  
debido á su intrepidez.

Acaso mas de una dama  
desea que el toledano  
consiga con fuerte mano  
la palma del vencedor;  
y el ánimo de los Reyes  
tambien á Vargas se inclina,  
que su donaire fascina,  
su juventud y vigor.

Otra lanza han empuñado:  
las espuelas de oro meten  
al corcel y se acometen;  
y el bravo Mariño al fin  
el golpe á evitar no alcanza  
que le hiere en el costado,  
y en sangre y sudor bañado  
cae el fuerte paladin.

Se alza y requiere la espada;  
pero á un signo de Fernando

cesa la lid, proclamando  
victorioso campeon  
los heraldos con sus voces  
y el clarin con su sonido,  
á Vargas nunca vencido,  
vencedor del galardón.

La plebe victorea y se retira,  
los Reyes al palacio se dirijen;  
y allí la banda á recibir se apresta  
el caballero toledano insigne:  
con él tambien en las reales cámaras  
al noble Garci-Perez se distingue,  
y á un moro anciano que con faz tranquila  
á ambos hermanos silencioso sigue.



I.<sup>o</sup>

## EL REY Y EL MORO.

En regia estancia que conserva el gusto  
de la oriental arquitectura grata,  
con sus mosaicos de dibujo breve  
y sus calados y sus cifras anchas,

y en un sillón que en el respaldo tiene  
del Rey cristiano las sencillas armas,  
el Rey Fernando del pasado estruendo  
en actitud de meditar descansa.

Ante su asiento en la pared un cuadro  
la imagen tiene de la virgen santa,  
y al levantar con gravedad su rostro  
Fernando en ella la mirada clava.

Jóven, robusto, en la batalla osado,  
el primero en los riesgos el monarca,  
con alma entera y corazón de fuego,  
con humildad la religión acata.

Y esa imagen que mira le conmueve,  
y tras ella volar deja su alma;  
y el pensamiento de su lienzo asido  
se queda en él, que su beldad le agrada.

En silencio parece que á su oído  
llegan de aquella imagen las palabras  
y en silencio imagina que contesta,  
y en su insomnio de fé con ella habla.

Si algún recuerdo humano le distrae  
de la expansión tranquila que le embarga,  
es el afán de combatir venciendo  
por la gloria de Dios y de su patria.

En éstasis contempla la pintura:  
las manos junta; y en la alfombra blanda

de rodillas la adora; y reverente  
con dulce acento en su fervor esclama:

“Madre del Dios que el universo rige,  
„haz que á su oído de mi voz profana  
„el eco llegue, y que mi ardiente ruego  
„benigno acoja en su mansión sagrada.

“Cine mi frente la real corona  
„que la materna autoridad me encarga,  
„y abruma el peso del florón dorado  
„mi sien opresa que sin fuerzas se halla,

“El ser supremo que gobierna el mundo,  
„que en pabellón azul su esencia guarda,  
„que con ojos de luz el orbe mira  
„y el misterioso porvenir abarca,

“Déle á la estrella de la patria mia  
„el divino fulgor que la haga salva  
„de esa increíble mahometana chusma  
„qu' el suelo huella de la antigua España;

“Déle á mi brazo fortaleza y brio  
„para arrojar la muchedumbre insana,  
„que el aire infesta con mezquitas torpes,  
„á los desiertos áridos del Africa.

“Deme Dios la constancia de Pelayo,  
„la fé de D. Alfonso el de las Navas,  
„deme el valor del Cid y de mi padre  
„y rayo sea mi bendita espada.

“Señora, cuyos ojos bondadosos  
„mi pecho alientan y de fé le bañan,  
„á mis armas que llevo á Andalucía  
„dales tu bendición divina y santa.

Aquí llegaba en su oración Fernando,  
cuando un paje que anuncia á los dos Vargas  
con sentimiento á abandonar le obliga  
la penitente posición que guarda.

— “¿Vino el moro? — “Aquí está. — “Revela al punto  
„los secretos que al vulgo le recatas;  
„si son de la importancia que aseguras  
„tu le pondrás á su valor la tasa.

— „Señor, yo soy un anciano.  
„que en tu tierra hospitalaria  
„encorvado y abatido  
„sin duelo la vida pasa.

„hoja soy que al tronco asida  
„de un árbol que se desgaja,  
„al soplo del viento en breve  
„debe abandonar su rama.

„Antes de morir pretendo  
„que la salvadora agua  
„bañe mi frente marchita,  
„moje mi sien despoblada.

„Tus virtudes y tus hechos  
„y tus bondades, mi alma  
„han convertido, señor,  
„á la religion cristiana.

„Los sectarios de Mahoma  
„siguen una senda errada:  
„la esperiencia de mis años,  
„mis crímenes y desgracias,

„comprender me han hecho al cabo  
„la belleza de tu causa,  
„y arrojar quiero el turbante  
„y adorar la cruz sagrada.

„La voz que suena sin eco  
„de la muerte entre las ansias  
„es la voz de la conciencia  
„que nunca, señor, engaña.

„Ahora que sabes que el brillo  
„de la fé mi mente halaga,  
„oye, señor, mi relato  
„veráz como tu esperanza.

— „Yo del oriente

„soy descendiente.

„Mi seductora

„temprana aurora

„ciego adoré.

„Compré bellezas

„con mis riquezas,

„y en mis harenes

„de infames bienes

„me circundé.

„Oí de España

„historia estraña:

„de mi memoria

„la estraña historia

„se apoderó.

“Dejé mi suelo,  
,,con el anhelo  
,,de ver la tierra  
,,que ardia en guerra,  
,,y me encantó.

,,Sus hijos bravos  
,,que á ser esclavos  
,,morir prefieren,  
,,y osados mueren  
,,con altivez,  
,,por su constancia  
,,y su arrogancia  
,,son el dechado  
,,del buen soldado  
,,digno de prez.

,,De Almoravides y de Almohades  
,,los fieros bandos se levantaron:  
,,los que en las lides juntos entraron  
,,guerra se hicieron en sus ciudades.

,,Tinta en su sangre la raza mora,  
,,sangre de hermanos, Dios la maldijo;  
,,y uu sábio anciano su fin predijo  
,,en los dominios de que es señora.

“El Rey de Murcia (5) quedó triunfante  
,,cuellos segando con su gumia:  
,,la sangre hirviente su sien tenía  
,,y el ancho pliegue de su turbante.

,,Espanto y luto llevó á Sevilla;  
,,manchó el escudo de sus mayores;  
,,y desde entónces sus sucesores  
,,viven malditos por su mancilla.

,,De llanto y crimen la historia horrenda  
,,los entristece, les acompaña;  
,,y al ir perdiendo su amada España  
,,ya del desierto miran la senda.

,,Si van tus huestes á Andalucía,  
,,á la victoria Dios las conduce,  
,,y al suelo fértil que el bien produce  
,,para el que adora cual tú en Maria.”

—,,¡Basta, no mas! ¡mis armas, mi caballo!  
,,Rayo de Dios seré que los destruya,  
,,que á esa bandada ruin de buitres fieros  
,,en los abismos del infierno hunda.

„Caigamos ya sobre el hambriento tigre  
„que despierta al leon en su espelunca,  
„y en alharaca horrisona abandone  
„el andaluz eden que nos usurpa.

. ,Donde mis brávos hijos de Castilla  
„cla ven de sus caballos la herradura,  
„ya no mas alcorán, no mas infieles!...  
„¡Tamplos para el Señor de las alturas!...“



## CANTO II.

—  
DON FERNANDO III.

REY DE CASTILLA Y LEON.

—  
4.<sup>o</sup>

## EL CAMPEON DE LA FÉ.

¿Quién es ese guerrero terror de la morisma,  
que clava en los adarves que con valor escala  
el asta que en su punta con el pendon se adorna  
que ostenta al aire suelto las castellanas armas?

¿Quién es el que oprimiendo con duros acicates  
á su corcel soberbio al riesgo se abalanza,  
y un círculo de sangre en derredor describe  
al esgrimir potente su vencedora espada?

¿Quién siega las cabezas con su tajante acero,  
y con la sangre impia su vestidura mancha,  
y blancos alquiceles, turbantes y garzotas  
con la herradura corva de su caballo raja.

¿Quién es el que dirige ginetes y peones,  
y al ballestero ordena y á los hónderos manda,  
y guia el estandarte de hueste numerosa,  
y del obispo santo la trémula oriflama?

El rayo de la guerra, campeón de los creyentes,  
ministro del Eterno, que con fervor acata  
la religiosa empresa que el Hacedor supremo  
á su robusto brazo y á su valor encarga.

Los gefes de mesnadas, los opulentos freires  
de Alcántara y Santiago, San Juan y Calatrava,  
sumisos le obedecen, airosos ostentando  
la cruz verde y la roja unidas á la blanca.

Rodrigo el Arzobispo en el extraño suelo  
del Papa autorizado levanta una cruzada,  
y los de Palestina guerreros victoriosos  
un campo nuevo encuentran de glorias y de hazañas.

En vano los refuerzos del Yémen y Marruecos,  
los hijos aguerridos del África y del Asia,  
al vacilante imperio con sus robustas manos  
pretenden dar apoyo en su caída rápida.

Las lanzas agarenas y alfanjes damasquinos  
se quiebran y se embotan en la armadura santa  
que viste el Rey Fernando, tercero de su nombre,  
á quien visiblemente el Hacedor ampara.

2.<sup>o</sup>

## ENSUEÑO.

Dulce sonrisa en sus labios,  
ternura en su faz dormida  
y una lágrima estendida  
sobre su rostro se vé;  
y una contraccion suave  
en sus cejas y en su frente,  
que demuestra claramente  
que el alma entrega á su fé.

Sin duda de un grato ensueño  
sujeto al imperio blando  
su mente está refrescando  
una celeste ilusion;  
sus labios nunca sonrien  
para los goces humanos,  
y no deben ser profanos  
los que doran su razon.

Acaso los pensamientos  
que despierto le enajenan  
en su sueño le encadenan  
dulcificando su ser;  
y del Apóstol Santiago  
la cruz roja en nube blanca  
hondo suspiro le arranca  
de entusiasmo y de placer.

Tal vez un ángel alado  
que sus sienas acaricia  
le da la inmensa delicia  
que le obliga á sonreir;  
que acaso del verde lauro  
el leve peso ha sentido,  
y al tocarle ha comprendido  
la gloria del porvenir.

Acaso basada en nubés,  
orlada de querubines,

cantada por serafines  
ve á la virgen celestial;  
que á insistencia de oraciones  
baja á infundirle el aliento  
que le demanda el acento  
del religioso mortal.

Tal vez en copa de flores  
bebe el néctar de ambrosía  
que compasiva María  
le dá á su lábio á gustar,  
y sueña triunfos de gloria,  
y altares edificados,  
al sumo Dios consagrados  
su escelsitud para honrar.

Despierta y se sonrie; y abrazando  
á su hijo Alfonso y á Beatriz su esposa,  
sobre un caballo blanco D. Fernando  
deja á Palencia en noche tenebrosa.



3.º

BATALLA  
DE GUADALETE.

Mientras el Rey de las pasadas lides  
junto á su digno sucesor descansa,  
y los consejos de su amada madre  
á su hijo Alfonso con placer traslada,  
mientras la ciencia de reinar le enseña  
y la virtud del inmortal monarca,  
Alvar-Perez de Castro en Guadalete,  
sitio fatal por la fatal jornada  
en que siglos atrás el Rey Rodrigo  
perdió con la corona vida y fama,  
alcanza el triunfo que al honrar su nombre  
eternizó la gloria de los Vargas.

Aben-Hud, Rey de Sevilla,  
junta tropas con presteza,  
que el poder árabe humilla  
la castellana fiereza.

Su reino Avar-Perez tala,  
inteligente adalid,  
á quien nadie en ciencia iguala  
para vencer en la lid.

Mártos, Andújar, Baeza  
y los castillos fronteros,  
sucumben á la destreza  
y al valor de sus guerreros.

Y hasta la misma Jaen,  
ciudad de inmensa importancia,  
cercada tendrá tambien  
que ceder á su arrogancia.

Aben-Hud teme, y no en vano,  
que sus armas vencedoras

de su suelo sevillano  
lleguen á quedar señoras;

y sus Zenetes juntando,  
Mazamudes y Gomares,  
vá hácia Jerez caminando  
para defender sus lares.

Del Guadalete á la orilla  
acampan los escuadrones  
con las armas de Castilla  
bordadas en los pendones.

Y los Várgas y los Laras,  
los Mariños y Guzmanes,  
varones de estirpes claras  
y esforzados capitanes,

con Alvar-Perez disponen  
su hueste para el combate,  
que aunque pocos la componen  
nunca su esfuerzo se abate.

Hubo quien quiso evitar  
la lucha á que el moro reta,  
por no esponerse á cejar  
con hueste tan incompleta;

pero Alvar-Perez anima  
al que la prudencia exige,  
con las palabras de estima  
que así á todos les dirige:

“En número nos esceden,  
„pero no en la proteccion  
„con que ellos contar no pueden  
„de la santa intercesion.

“¿Eran muchos en las Navas  
„cuando al árabe vencieron?  
„Con qué gente acciones bravas  
„los de Pelayo emprendieron?

„Aquí mismo, junto al río  
„que el fulgor del sol platea,  
„¿no sucumbió el poderío  
„del Rey godo en la pelea?

„El Señor le abandonó.  
„Orad como nuestro Rey,  
„que Dios nunca desoyó  
„la voz de la humilde grey.”

Tras la oracion fervorosa,  
Alvar con brioso acento  
dice así á la hueste ansiosa  
que espera su mandamiento.

„Vedlos ahí, leones de Castilla;  
„clavad en ellos la nervuda garra;  
„y desgarrando sus malditos miembros  
„retorced á sabor sus formas bárbaras.

„Regad con sangre la llanura inmensa:  
„rico botin espera á nuestras armas:  
„cuantos mas tigres haya mayor gloria;  
„cuantos mas moros muertos mas ganancia“

Clamor de guerra asorda la llanura;  
crujen las armaduras destrozadas;  
llevan la muerte donde quier que asoman  
las lanzas, las espadas y las hachas.

El brazo fuerte que la maza empuña  
derriba del corcel á quien alcanza,  
y cual si un huracan á otro encontrase  
embravecidos luchan sin ventaja.

Los árabes pelean con delirio;  
con delirio la hueste castellana;  
nunca alumbro la luz de la edad media  
tan grandes y tan inclitas hazañas.

Pocos eran á fé los de Alvar-Perez;  
muchos los mahometanos que con saña  
los cercan, los acosan y los hieren  
ansiendo esterminarlos en su rabia.

Diego Várgas sin lanza y sin caballo  
junto á un árbol pelea con la espada  
con un crecido número de moros  
á los que asombra su marcial pujanza.

Rota tambien la espada, hubiera muerto  
al filo de las armas africanas,  
si un bravo caballero de impreviso  
no embistiera á la turba sanguinaria.

Denodado los hiere, los acosa,  
los persigue, derriba y desbarata;  
y era Mariño que su afrenta olvida  
y la existencia á su contrario salva.

Un caballo de un árabe le ofrece  
al desmontado, agradecido Várgas,

y apretando la mano á Diego-Perez  
torna á la confusion de la batalla.

Del árbol á él vecino, (4) Diego coje  
un verdugon que le sirvió de clava;  
y tan récios los golpes menudea  
que al mirarle Alvar-Perez asi esclama:

„Diego, ¡machuca! ¡más! machuca fuerte!,,  
Machuca desde entónces le llamaban;  
y el cepejon con que magulla y vence  
un apellido mas dió á su prosapia.

Garci-Perez deslumbra con su arrojo;  
la muerte va en la punta de su lanza:  
y describiendo un círculo de sangre  
Alvar-Perez aterra con su espada.

¿Qué indica ese clamor que alzan los moros?  
Jerez con un refuerzo los ampara.  
¡Ay del cristiano! el orbe se derrumba  
sobre sus haces de luchar cansadas.

Redoblan su furor los agarenos;  
resiste el castellano y no desmaya;  
mas cerca mira el desenlace aciago  
del desigual combate que se traba.

El campo del honor será su fosa;  
su vida al moro venderá muy cara;  
pero de luto vestirá Castilla  
cuando reciba la noticia infausta.

Como el bravo marinero  
que lucha con la borrasca  
y ve anegarse su barco  
entre las ondas saladas,  
asi el aliento postrero  
de la vida que se escapa  
los castellanos defienden  
en la lid desesperada.

Y como aquel cuando mira  
tras el huracan la calma,  
y como en venganza azota  
con fuertes remos las aguas,  
asi el cristiano recobra  
sus perdidas esperanzas,  
y con vigor acomete  
al grito de-“¡Cierra España!“..

„Santiago está en nuestra ayuda:

„el Apóstol nos ampara,“  
con frenética alegría  
los castellanos esclaman.

Y en efecto, un caballero  
con blancas lucentes armas,  
rifiendo un caballo blanco,  
con la cruz roja en la adarga,  
por el fulgor que despidе  
y la mortandad que causa  
en la aterrada morisma  
decide de la batalla.

Atónitos los infieles,  
con el alma amedrentada,  
llenos de pavor sucumben  
ante las celestes armas.

De la aparición huyendo  
que los aturde y espanta,  
en confusión vergonzosa  
cejan, huyen, se desbandan,  
perdiendo la honra y la vida  
en la célebre jornada.

¿Fue Santiago aquel guerrero,  
ó fue una ilusión fantástica  
que produjo el fanatismo  
de las mentes exaltadas?

Fernando solo lo sabe;  
Fernando que con fé santa  
voló á cumplir el ensueño  
tan oportuno á su causa.



4.º

MUERTE  
DE D. ALFONSO IX.

---

¿Qué le detiene al gigante  
en su colosal conquista?  
¿por qué tantas leguas dista  
del lugar en que venció?  
¿busca tal vez nuevos lauros  
de imperecedera gloria  
para añadir á la historia  
con que al suelo pátrio honró?

La uros busca, pero tristes,  
sombrios como su pena,  
que de amargura le llena  
su nuevo régio dosel:  
muerto el leonés monarca,  
por el vasallo aclamado  
el hijo desheredado  
reina en otro pueblo fiel.

Doña Sancha y Doña Dulce  
hermanas del Rey Fernando,  
prefieren vivir orando  
á vivir entre el fragor  
del combate embravecido  
que rechaza su ternura;  
que no nació la hermosura  
para empresas de valor.

Un rey en el siglo trece  
del honor era vasallo,  
y el arzon de su caballo  
era su asiento real;

y crecía combatiendo,  
y combatiendo vencia,  
ó en la pelea moría  
logrando fama ¡inmortal.

Con su madre Berenguela  
en Leon mora el monarca  
que los dos reinos abarca  
consolidando su union:  
juzga su inaccion un crimen,  
y su partida apresura,  
llevando en su frente pura  
la maternal bendicion.



5.

## AFAN Y ESCAPE.

Se  
ve  
cruzar,  
trepar  
montañas,  
dejando  
cabañas  
en pos,

á un guerrero,  
á un cristiano,  
á un hispano  
caballero  
que combate  
por su Dios.

Cual saeta  
despedida  
su caballo  
apénas pisa  
dura piedra  
movediza.  
De sus cascós  
brotan chispas;  
del ojeo  
fugitiva  
corre ménos  
cierva herida.  
La acerada  
punta fina  
que le hiere,  
que le incita,  
su fogoso  
brio anima.

Y los torrentes,  
y la espesura,  
y la llanura  
deja detras;  
alado cólo,  
como gacela  
rápido vuela  
rápido va.  
A donde el eco  
de su herradura  
su sombra oscura  
llega á la vez;  
y aun mayor vuelo  
ansia el ginete  
que espuelas mete  
á su corcel.  
El rostro baña  
del caballero  
anchó reguero  
de cruel sudor;  
polvo y espuma  
sudoso y bravo  
lleva el esclavo  
fuerte bridon.

La opaca lumbrera  
de pálida luna  
velada de nubes  
apénas alumbra.  
El árbol añoso  
que cuenta centurias,  
los tiernos arbustos,  
la roca desnuda,  
la choza mezquina,  
la torre moruna,  
la estrecha atalaya,  
la villa insegura,  
y puentes y ruinas  
y valles y alturas,  
parecen visiones  
de sombra importuna  
que atrás van quedando  
fantásticas, mudas.

¿Qué son para el ginete  
que sufre hondo tormento  
y cruza violento  
la senda desigual,  
¿qué son esos misterios?  
paisajes sin hechizos

que juzga movedizos  
y no alivian su mal.

Late su ardorosa sien,  
y en febril agitacion,  
de su herido corazon  
suenan el latido tambien,

Crispada coje la brida  
la mano que la gobierna,  
y una pesadilla interna  
en el alma halla guarida.

A un pensamiento se entrega  
la mente del caballero,  
y corre y vuela ligero  
y nunca á su meta llega.

Ansiedad loca le agita;  
quisiera cruzar el suelo  
cual hada que tiende el vuelo  
á donde su afan la invita.

Y tarda y ruje y batalla,  
y los cabellos se mesa,  
llevando en su frente impresa  
la ansiedad que le avasalla.

Ya llega la aurora brillante  
mostrando las galas del dia;  
ya rige el labriego el arado;  
ya bulle la turba infinita.

Alegres sonidos se escuchan,  
gorjeos del ave que trina;  
y en chozas, ciudades y aperos  
despierta natura adormida.

Y mientras lidian los leoneses,  
los catalanes y castellanos,  
y los bizarros aragoneses,  
y los navarros y lusitanos;  
mientras en Francia y en Palestina  
y en todo el orbe la fé cristiana  
va amenazando pronta ruina  
á la creencia mahometana,  
un caballero su puesto deja  
en la conquista de Andalucía.  
y de los campos de honor se aleja  
con alma inquieta con faz sombría.

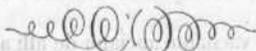
¿Será que teme las sangrientas lides  
y huye á esconder su miedo y su amargura  
en la patria de Alfonsos y de Cides  
que ódia el baldon, la mengua y la pavura?

Las glorias de Sertorio y de Viriato,  
los manes de Numancia y de Sagunto  
¿verán á un hijo vil, á un hijo ingrato  
que da á la afrenta y al baldon asunto?

La nacion que asombró á los Escipiones,  
que hizo temblar al águila romana,  
que vió palidecer á las legiones  
de la opulenta Roma soberana,  
en el reinado de Fernando el santo  
¿tendrá que deplorar la villanía  
de un hijo sin honor, que con espanto  
teme reconquistar á Andalucía?

Los rios vadea, los montes escala  
las zanjas saltando veloz el corcel;  
apénas la vista le sigue en su escape,  
apénas ginete y caballo se ven.

¿A donde va el fantasma que asombra á quien le mira?  
¿á donde le conduce su estrella acaso infanda?  
¿por qué convulso oprime en tanto que suspira  
sobre su pecho ardiente la fina y roja banda?



6.<sup>o</sup>

## MUERTE DE D.<sup>A</sup> BEATRIZ.

Del palacio de Toro en régia estancia  
junto á un lecho de muerte están postrados  
los nietos de la Reina Berenguela,  
llorosos, desolados.

El confesor del Rey, Gonzalez Telmo,  
tiene asida la mano de la dama  
que acaba de exalar hondo suspiro  
con el que al cielo vuela dulce y pura  
el alma de la angélica hermosura.

Los fieles servidores  
derraman llanto en su angustioso duelo,  
y al alma que se eleva  
con preces acompañan hasta el cielo.

A un vacitante anciano de allí apartan  
que sucumbe al dolor que le acongoja,  
próximo acaso á despedir del seno  
el aliento de vida que le enoja.

Era el moro que al Rey predijo el triunfo  
la saña al referir del islamismo,  
y nunca se apartó de sus señores  
desque su ser purificó el bautismo.

Murió Beatriz, la cándida, la hermosa,  
la tierna criatura  
que la vida azarosa  
del Rey Fernando amante proteja  
con la voz de su amor que á Dios subía.

Los donceles, los próceres, los pajes,  
los infanzones y las nobles damas  
lloran y rezan, y el silencio triste

que reina en los salones  
oprime á los leales corazones.

De repente se altera  
la calma dolorosa que domina  
en la vasta mansion del real palacio,  
y el sonoro crujir de una armadura  
suspende la oración sentida y pura.  
„¡Várgas!“ esclaman todos:  
y era Diego, que ansioso, cuando supo  
de su Reina y señora la dolencia,  
voló desde Baeza á su presencia.

Querer pintar la angustia del semblante  
del osado guerrero fuera en vano:  
los dolores del alma  
del bravo castellano,  
comprimidos, eternos, sin consuelo,  
brotaron á su faz: alzó los ojos  
húmedos y espresivos hácia el cielo;  
llevó la mano al corazón herido;  
sintió vacío, hielo; su esperanza  
le robaba el Señor: fija su vista  
en la pálida faz del real cadáver;  
hondo suspiro lanza;  
y vierte en su dolor ardiente lloro  
que encierra toda el alma de su vida,  
toda su amarga pena comprimida.



## DOLENCIA DEL REY.

En el templo de Dios, bajo las naves  
llenas de los vapores del incienso  
y de los ecos dulces y suaves  
del canto del ministro del Señor,  
resuenan las plegarias de los fieles  
que la vida del Rey piden al cielo,  
del Rey que deponiendo sus laureles  
próxima tiene el alma al Redentor.

Nunca tan triste pareció Castilla,  
nunca Leon sintió tanta amargura,  
nunca la luz que en los espacios brilla  
alumbraó tanta angustia y ansiedad:  
rota la lira del cantor errante  
que el triunfo del Monarca repetía,  
la espresion del dolor en su semblante  
sucedió á la cancion de lealtad.

De luto la existencia se ha vestido;  
sustituye al placer silencio grave;  
reasumirse parece en un gemido  
la vida del cristiano vencedor:

llanto del corazon brota en los ojos;  
los recuerdos de ayer llagan el alma;  
y el bálsamo del duelo y los enojos  
buscan en la mansion del Hacedor.

Murió Beatriz, el consuelo  
del corazon de Fernando  
que está su muerte llorando  
envuelto en sombras de duelo,

Murió la esbelta señora,  
bella como amor de un día,  
como el canto de armonía  
que entona el ave á la aurora.

Ya no ofrecen los amores  
la vida que da el contento,  
ya no ocupa el pensamiento  
una existencia entre flores.

Era pura como el beso  
de una madre: era inocente  
como un ángel que ama y siente  
circundado de embeleso.

Recuerda el Rey su ternura,  
recuerda su dulce acento,  
y se aviva su tormento,  
y le estrecha su amargura.

Su mente se debilita,  
su corazón se estremece,  
y su desventura crece  
y honda dolencia le agita.

Doña Berenguela acude  
á calmar su amarga pena:  
contra el mal que su alma llena  
no hay consuelo que le escude.

Si algún amparo recibe  
á la religion lo debe;  
la fé que su ser conmueve  
le manda vivir... y vive.



8.<sup>o</sup>

## CONVALECENCIA.

En Leon, convaléciente  
de su larga enfermedad,  
se halla el Rey constantemente  
mejorando la ciudad.

Y en Leon y fuera de él  
derribando las mezquitas,  
edifica pio y fiel  
mansiones de Dios benditas.

Las preciosas catedrales  
que construye su fervor  
son recuerdos inmortales  
que á su nombre dan valor;

que á los árabes fascina  
de los templos la grandeza,  
y á creer en Dios se inclina  
quien admira su belleza.

Con la cruz y con la espada  
dominando y convirtiendo,  
á la fé pura y sagrada  
nuevas almas va atrayendo;

que político y prudente  
de los sábios se aconseja,  
y á su digno descendiente  
senda trazada le deja.

Descansando está en Leon  
tras su larga enfermedad,  
y engrandece su nacion  
y embellece su ciudad.



9.<sup>o</sup>

## PARTIDA.

---

Cicatrizada la profunda herida  
que abrió en su seno la temprana muerte  
del ángel cariñoso de su vida,  
con el halago maternal que vierte  
la dulce voz que al ánimo convida  
á olvidar los azares de la suerte,  
Fernando lleva su pendon de guerra  
al suelo cordobés que al moro encierra.

Un almogábar colosal, fornido,  
curtido en los peligros, valeroso,  
audaz como el leon enfurecido  
y sagaz como el tigre cauteloso,  
de armas y duras pieles circuido,  
entregado á una vida sin reposo,  
llegó á Leon, y oido su mensaje,  
vistióse el Rey el belicoso traje.

Berenguela sintiendo que se ausente  
y que débil aun el Rey combata,  
á su partida opónese elocuente;  
pero Fernando aunque su voz acata,  
que demandan su auxilio hace presente,  
que es forzoso que en Córdoba se bata  
para ayudar á conquistar sus muros  
á los que en ellos luchan inseguros.

„Mis hijos, madre, á Córdoba asaltaron  
„en una noche oscura: la Ajarquia (5)  
„intrépidos y astutos ocuparon:  
„sobre ellos se desploma Andalucía,  
„y mis hijos jamás, madre, cejaron:

„Córdoba va empezando ya á ser mia,  
„y he de ver en sus altos alminares  
„la cruz que se venera en los altares.“

La madre tierna que cercano el plazo  
de su larga existencia presentía,  
tendiendo al hijo su amoroso brazo  
fija la vista turbia en él tenia:  
creía ver romperse el dulce lazo  
que al Santo Rey magnánimo la unía,  
y temiendo escuchar su adios postrero  
un ay exhaló amargo y lastimero.



10.

CONQUISTA.

Los musulimes cordobeses  
amparo á Aben-Hud demandan  
que con huestes aguerridas  
entra en Ecija. — La espada  
de Fernando en los adarves  
de Córdoba amenazaba  
á los bravos defensores  
de la poblacion sitiada.

Con escasa hueste cuenta  
el Rey si Aben-Hud le ataca,  
y es probable que el refuerzo  
haga abandonar la plaza;  
pero Dios que protejia  
al castellano monarca  
puso en Aben-Hud sin duda  
perplejidad estremada.

Su ámparo pide Valencia;  
Córdoba su auxilio aguarda;  
y á Valencia se dirige  
y á Córdoba desampara.  
Capitula el cordobés;  
y las victoriosas armas  
lleva Castilla á Jaen,  
ciudad dos veces cercada.



11.

ALHAMAR.

La muerte de Aben-Hud (6) en Almeria  
en los moros produjo disensiones  
que amenguaban su fuerza y su valia  
aumentando su encono y ambiciones:  
sucumben en Valencia, Andalucía,  
los desunidos árabes pendones;  
y los Reyes D. Jaime y D. Fernando  
siguen venciendo por seguir orando.

La ciudad de los recuerdos,  
la de la fecunda vega  
que dora, ameniza y riega  
el lisonjero Genil,  
la que conserva su Alhambra,  
su Generalife altivo,  
la que miró fugitivo  
llorar á su Boabdil,

la ciudad de los placeres,  
de las zambras y las flores,  
de los sentidos amores  
nacidos en su vergel,

la que tiene entre sus brisas  
para el vate que la canta  
inspiracion dulce y santa  
con perfume de laurel,

la que á Isabel y Fernando  
dió lauro y gloria suprema,  
llena está de angustia estrema  
reinando en ella Alhamár;

Alhamár, joven, valiente,  
y generoso y galanó,  
y acaso el Rey mas humano  
que tuvo el pueblo de Agár;

que Arjona no es ya del moro,  
y Jaen resiste en vano  
al monarca castellano  
que lidia para vencer.

Levantar el sitio intenta  
con su hueste el granadino,  
y su desgraciado sino  
le obliga á retroceder.

Por eso teme Granada,  
se dispone y fortifica,  
que es muy bella y es muy rica  
y hermosas sus hijas son:  
Granada en mezquitas ora,  
y á Alá su plegaria envia;  
que tal vez el nuevo dia  
ha de alumbrar su opresion.

En la lujosa tienda de campaña  
del Rey Ben-Alhamár así un cautivo  
responde al granadino:—“Yo lo juro;  
„á los Várgas veré; y al sitio mismo  
„que tu me indicas guiaré su planta.  
—„Alá te premiará.“—“Premio ó castigo  
„de Dios espera solo el buen cristiano;  
„él te pague tu inmenso beneficio.“  
—„Mas mereces si cumples mi deseo.“  
—„A complacerte vuelo.,,-En tu honor fio.“

Se dirige al cristiano campamento  
el que libre otra vez por el servicio  
que presta á Ben-Almár, ánsia agradarle  
y en busca de los Perez corre activo.

Apénas el mensaje recibieron  
los Várgas, van al designado sitio,  
y á su encuentro el Rey moro de Granada  
sale cortés, galante, atento y fino.

Les indica el motivo que á buscarlos  
con deseo vehemente le ha inducido,  
y con ellos al campo del cristiano  
pasa solo el Rey moro granadino.



12.

SUCESOS DE LA ÉPOCA.

---

Con Mariño departiendo  
está Fernando en su tienda,  
las hazañas refiriendo  
de la bélica contienda.

Los sucesos memorables  
relatan en su expansion,  
y á recuerdos agradables  
entregan su corazon.

Ensalza el Rey á su hermano  
Don Alfonso, el noble Infante,  
que el aliento soberano  
muestra en la lid arrogante.

De Gallinato Lorenzo  
no olvida el notable arrojo,  
que al Rey sirve de comienzo  
para desarmar su enojo:

cuando murió el de Leon  
rebelde se alzó en Zamora,  
se acoció al moro, y perdon  
vino á demandar ahora.

Recuerda el Rey la fortuna  
con que Dios á su hijo brinda,  
que hace que la media-luna  
allá en Murcia se le rinda;

y que Jaime de Aragon  
en Guadalaviar triunfante  
acceda á su ansiada union  
con la hermosa Violante.

Recuerda las heroínas  
que en Martos se defendieron  
cuando algaras convecinas  
asaltarla pretendieron;

y á Don Alvar (7) con tristeza,  
que al filo de dura muerte  
ha entregado su cabeza,  
y era su apoyo mas fuerte.

En esta plática estaba,  
cuando los Várgas entraron  
y que el Rey moro esperaba  
á Don Fernando anunciaron.

En la tienda introducido  
Alhamár que afecto inspira,  
ganar al punto ha sabido  
al Rey que atento le mira.

FERNANDO.

- Bien hacen en decir que eres valiente;  
bien hacen en decir que eres humano:  
no mienten los contornos de tu frente  
que te dan un aspecto soberano.

ALHAMAR.

Señor, vencido vengo.

FERNANDO.

Vienes solo,  
y esa accion á mis ojos te enaltece.

ALHAMAR.

¿Quién en un digno Rey admite el dolo?

FERNANDO.

Tu corazon me juzga y te engrandece.

ALHAMAR.

Señor, mis granadinos son mis hijos.

FERNANDO.

Hijos llamo tambien á mis vasallos.

ALHAMAR.

Tus victorias les dan duelos prolijos.  
Yo te ofrezco peones y caballos,  
mis armas y mi brazo y mis tesoros,  
cuanto se encierra en la oriental Granada,  
si el hogar y la vida de los moros  
respetas en la vega dilatada.

Lucha contigo Dios, tu causa es justa  
cuando tanto laurel gana tu frente;  
el riesgo de la guerra no me asusta,  
y por mi pueblo ruego solamente.

FERNANDO.

Acepto tu promesa; sé en buen hora  
de Leon y Castilla tributario;

y ya que en pugna está la raza mora  
ven á Sevilla y vence á tu contrario.

Lucha conmigo Dios, él me protege,  
él me guía en la osada reconquista,  
y espero que su amparo no me deje  
ni aparte el Hacedor de mi su vista.

Cuentan de ti magnánimas acciones;  
eres noble, valiente y generoso,  
y merecen unirse tus pendones  
al de Castilla y de Leon glorioso.

No ofendo á Dios, porque atraer intento  
tu recto corazon al cristianismo:  
he visto en la pelea tu ardimiento,  
é indigno es de tu alma el Islamismo.

A Sevilla, Alhamár; Dios nos escuda;  
brille en sus muros la cristiana enseña  
tras la impetuosa acometida ruda  
y el choque horrendo que en la lid se empeña.

Grande mi empresa es, pero sagrada;  
el fuego celestial en mi alma brilla,  
y hé de romper con mi tajante espada  
las mezquitas impuras de Sevilla.



# CANTO III.

## CONQUISTA DE SEVILLA

### POR D. FERNANDO III EL SANTO.

1.º

SIGLO XIII.

S. Fernando, S. Luis, Jaime el guerrero,  
y Domingo y Francisco y Pedro, Santos, (8.)  
de la gloria cruzaron el sendero  
consiguiendo laureles sacrosantos:  
viólos el siglo trece con su acero,  
con sus leyes y angélicos encantos  
legar al porvenir rica memoria,  
y nombre eterno á la cristiana historia.

Jóven empuñó el cetro San Fernando;  
pero una madre tierna fué su egida,  
y del volcan del revoltoso bando  
el cráter sofocó que ansió salida;  
tambien al Rey francés vivió amparando  
su madre Doña Blanca de fé hinchada:  
solo y niño ocupó Don Jaime el trono  
cercado de ambiciones y de encono.

La colosal figura aragonesa  
al impetu cedió de las pasiones:  
no así el blason de la nacion francesa  
ni el Rey de los castillos y leones:



2.º

ÁRABES Y CRISTIANOS.

¿A donde van esos moros  
huyendo de los cristianos  
y ocultando sus tesoros  
en sus trages otomanos?

Al dejar sus aduares,  
sus palacios y molicie,  
¿donde buscan nuevos lares  
del orbe en la superficie?

En el reino de Granada  
los valencianos vencidos  
buscan amiga morada  
llorosos y desvalidos;

los de Córdoba en Sevilla;  
y al cruzar su ancha llanura,  
del Bétis claro á la orilla  
así exalan su amargura.

— „Cinco siglos de proezas,  
„de grandezas,  
„cuando, cuando volverán?  
„¿Donde están los vencedores  
„Almanzores?  
„¿donde los Abderramán?  
„donde los Muzas y Ozmines,  
„paladines  
„de ejercitado valor?  
„¿donde están los Aliatares  
„y Alhamares  
„que al godo dieron pavor?  
„Nuestra raza afeminada,  
„desbandada  
„al desierto volverá.

„¿Qué dirán nuestros hermanos  
„africanos  
„al vernos tornar allá?

„Sin alfanjes ni corceles,  
„sin joyeles,  
„con luto en el corazón,  
„¿donde irémos, pobres moros,  
„sin tesoros,  
„á ocultar nuestro baldon?

„¿Qué diría, falaguera,  
„lisonjera,  
„la lengua del zahori  
„que predijo infamemente  
„que el creyente  
„reinaría siempre aquí?

„Reino de la media luna,  
„tu fortuna  
„en las batallas menguó,  
„y el cristiano irreverente,  
„torpemente  
„tus mezquitas profanó.

„El Califa nos olvida,  
„nuestra vida  
„pasto del infiel es ya:  
„quemaron los alcoranes;  
„los Imanes  
„nada recaban de Alá.

„Nada pueden los Emires  
„y Visires  
„que ven hollado su ¡harén:  
„el enojo de Mahoma  
„se desploma  
„tal vez sobre nuestra sien.“

— ¿Donde el castellano va  
con el gozo en el semblante?  
¿donde alegre llevará  
su familia viandante?  
¿á donde risueño irá?

Van dejando sus hogares  
en busca de otros mejores;  
á orar en nuevos altares  
se encaminan vencedores  
olvidando sus pesares.

Quinientos años atrás  
en Asturias escondidos;  
no pensaron tornar más  
á los reinos ya perdidos  
¡ay! que dejaron detrás.

Las campanas les volvieron  
los moros que las robaron;  
si en sus hombros las trajeron,  
los árabes las tornaron (10.)  
como llevarlas hicieron.

Vuela el muslim fugitivo;  
avanza el pueblo cristiano;  
lloroso el vencido, altivo  
el vencedor castellano  
en su suelo primitivo.

Leyes del destino son  
que no comprende el mortal  
que obedece la mision  
que el imperio celestial  
le ha dado en esta mansion.



3.º

## SEVILLA.

---

Ciudad moruna  
del medio-día,  
de Andalucía  
rico verjel,  
los moros tienen,  
en tu morada  
hermoseada,  
réjio dosel.

Del Bétis claro  
la fresca brisa,  
y la sonrisa  
de tu beldad,  
y tus perfumes,  
y tus tesoros,  
dan á tus moros  
felicidad.

Son tus mezquitas  
árabe toca  
que audaz coloca  
sobre tu sien,  
la raza impía  
que en su odio y saña  
nos trajo á España  
su Alá y su harén.

Los africanos  
conquistadores  
sus tus señores,  
hijos de Islán,  
y aunque te adoran  
como á su estrella  
por rica y bella,  
te perderán.

Tus pardas torres  
visten de guerra,  
suenan en tu tierra  
marcial clamor,  
que han divisado  
la triunfadora  
cruz salvadora  
del Redentor.

Tras los adarves  
y barbacana  
con furia vana  
la ven llegar.

¡Ay de tus torpes  
espurios hijos!  
duelos prolijos  
han de llorar.

No crecen flores  
en tus jardines;  
tus paladines  
no ánsian amor;  
que las algaras  
y los rebatos  
les son mas gratos  
á su rencor.

Perla preciosa,  
flor de las flores,  
una de amores,  
bisa de olor,  
aura de aroma,  
risa del cielo,  
¿quién te dá anhelo?  
¿quién tu terror?

Si eres del moro  
y eres querida,  
¿qué nueva vida  
no has de tener  
cuando celeste  
brille tu manto  
bajo el encanto  
de otro poder?

Ciudad moruna,  
antes cristiana,  
tu ayer mañana  
torne á lucir:  
un Rey piadoso  
te reconquista;  
tiende tu vista  
al porvenir.

## MUERTE DE DOÑA BÉRENGUELA.

El vencedor en Córdoba y en Ecija,  
en Carmona, Alcalá y en Cantillana,  
dueño del aljarafe (11.) dilatado,  
terror de las banderas musulmanas,

el que al sitiár Correa á Azañarache  
mas que el Maestre con su ruego alcanza,  
porque en su tienda á la bendita Virgen  
ora á favor de las cristianas armas,

el que coloca sus reales vastos (12.)  
junto á los muros de la fuerte plaza  
luchando siempre con potente brio,  
en su Dios y en su fé puesta su alma,

amargamente en su retiro llora,  
que ha recibido la noticia infausta  
de la muerte de un ángel bondadoso  
que por sus reinos y su ser velaba.

En las Huelgas de Búrgos Berenguela  
reposa en paz en sepultura llana,  
recibiendo la ofrenda de sus pueblos  
en abundante llanto que derraman.

La nueva esposa que al monarca humilde  
su madre ansiosa por su bien busca,  
Juana Pontié de Omal, (13.) bella francesa,  
de réjia estirpe y de virtudes altas,

oíe su llanto al que Fernando vierte,  
y del guerrero en la real estancia  
lloran sus hijos y su hermano Alfonso  
que en el sangriento cerco se señalan.

Cunde la nueva en el estenso campo,  
y á la curtida faz del que batalla  
baja resbaladiza y tortuosa  
una brillante, espesa, amarga lagrimea.

## CAMPEONES.

¡Bien adornan la llanura  
tantas tiendas de campaña!...  
¡Bien sobre el réjio estandarte  
y la piadosa oriflama  
y los nobles banderines  
y el pendon de las cruzadas,  
las lanzas y los escudos,  
los yelmos y espesas mallas,  
bien la luz del sol refleja  
su brillantez argentada!...

Los braves Almocadenes  
que los peones comandan,  
los Almogábares fieros  
que se baten en vanguardia,  
las mesnadas numerosas  
y los Segrys (14.) de Granada,  
forman un grato conjunto  
de una esplendidez fantástica.

Las garzotas y penachos,  
las cruces, mantos y bandas,  
se ven como en un espejo  
en la armadura copiadas.

Los Infantes y Adalides,  
los Infanzones de fama,  
los Maestres de Santiago,  
de Calatrava y Alcántara,  
los Freires, y los Prelados  
que empuñan tambien la espada,  
porque en lucha contra infieles  
defienden de Dios la causa,  
y los bravos campeones  
que de naciones estrañas  
vienen á la santa guerra  
como á la mejor cruzada,

asombran con sus esfuerzos,  
su bravura y sus hazañas;  
pero entre tantos guerreros  
de gloriosas prendas altas,  
ninguno en la lid compite,  
ninguno la gloria alcanza  
que los héroes toledanos,  
los hermanos Perez-Vargas.



6.º

## DIEGO VÁRGAS.

Cada mortal en su interior oculta  
hondo secreto que en el alma lleva,  
y en la raíz del corazón sepulta  
la hiel que acaso en sus ensueños prueba.

¿Quién en las horas de la vida breve  
recoje solo del placer la brisa?  
¿quién en la copa del amor no bebe  
cicuta envuelta en plácida sonrisa?

La trasparente gota de rocío  
en las venas se seca de las hojas;  
el soplo asolador de abrégo impio  
marchita el brillo de las flores rojas:

asi en el seno la esperanza nace  
y el soplo del destino la arrebató,  
y el hondo surco que en las fibras hace  
el dolorido corazón maltrata.

Diego-Perez nació para la guerra,  
brilló entre el lujo del fatal combate;  
pero un secreto en su razón encierra  
que llega al seno que angustiado late.

Lucha para morir y no lo alcanza:  
y entregado al delirio de su mente,  
cuando abandona la pesada lanza  
exala así el dolor que su alma siente.

—, ¿De qué sirve á mi valor,  
,,ver al moro sucumbir,  
,,y hasta el adarve subir  
,,orgullosa y vencedor?

„¿De qué sirve á mi pujanza  
„el elogio de mi brio,  
„sí vivo triste y sombrío  
„sin placer, sin esperanza?

„El Rey Fernando pelea,  
„y una auréola de gloria  
„dará á la futura historia  
„el pendon santo que ondea.

„Los Infantes aguerridos  
„que defienden los reales  
„y en los encuentros parciales  
„nunca se vieron vencidos,

„que del moro la sorpresa  
„rechazan con bizarría,  
„viven para la alegría  
„tras de la arrojada empresa.

„Alhámbar, Rey de Granada,  
„con sus Segrys esforzados,  
„ve á sus contrarios diezmados  
„en vergonzosa algarada.

„Con siete lidió venciendo  
„Vargas mi valiente hermano,  
„y á las puertas llegó ufano  
„de Sevilla combatiendo.

„Don Pelai Perez Correa  
„dijo al sol “alumbra y venzo,”  
„y tuvo como el comienzo  
„fin de gloria la pelea.

„De Burgos el rico-hombre (15)  
„que en su intento no desmaya,  
„naves aprestó en Vizcaya  
„que en el Bétis le dan nombre.

„Todos hallan prez y calma  
„en el brillo de sus glorias,  
„solo yo, ni con victorias  
„doy ilusiones al alma.

„Blanca estrella que en el cielo  
„ves el llanto que derramo,  
„perdóname si aun te amo  
„y aun reverencio tu ser:  
„pura como amor de un niño  
„fué mi pasión verdadera.

„y aun dura, casta y sincera,  
„dulce y tierna como ayer.

„Que no te olvido atestigüa  
„que al ver tu imagen, señora,  
„en el rostro de una mora,  
„la amparé en Benahor: (16)  
„huérfana quedó, y un padre  
„tendrá en mí, que el parecido  
„es tan propio y concluido  
„que tu faz creo adorar.

„Pugnaba por desasirse  
„de un mesnadero atrevido  
„y su voz llegó á mi oído  
„y el llanto en sus ojos vi:  
„y eran tus ojos los suyos;  
„y era el tuyo su semblante;  
„y del peon arrogante  
„la libré y la defendí.

„Desde entonces la contemplo  
„como á una imagen divina  
„que hácia tu ser me encamina  
„consolando mi dolor;  
„desde entonces más te adoro,  
„y desde entonces deliro,  
„y te envío mi suspiro  
„á la mansion del Señor.

„Tú que de ángeles cercada  
„nada del mundo comprendes,  
„si acaso tu vista tiendes  
„á este misero mortal,  
„perdónale la locura  
„de adorarte en una mora,  
„que es mi destino, señora,  
„para mi pasión fatal.

„Tu imagen viene conmigo;  
„te veo ornada de amores  
„por una senda de flores,  
„risueña como el placer,  
„brillante, pura y suave  
„como la luz de la aurora,  
„y el fulgor que te colora  
„va infiltrándose en mi ser.

„Te adoro al nacer el día,  
„te lloro en la noche umbria,  
„vivo solo para ti;

„y nada calma mi pena,  
„y nunca en mi oído suena  
„un consuelo para mí.

„Y cuando miro tu faz hermosa  
„amor y miedo mi lengua embargan;  
„que aunque en la tumba tu ser reposa  
„y en el insomnio te adoro yo,  
„nunca á mis labios tu nombre fio,  
„que hay una valla que me lo impide,  
„y desde el alma mi amor te envío,  
„mi amor que el lábio siempre calló.



7.º

## AMOR Y NOBLEZA.

A Diego Várgas sorprende  
el ver entrar en su tienda  
á Marino y á Alhamár  
con la divina Zulema;

y algo observando de extraño  
en la faz de los que llegan,  
y recelando prudente  
que el Rey su conducta sepa,

viendo á Marino que guarda  
en Carmona á la agarena  
y á Alhamár sombrío y grave,  
así dice con presteza:

— „¿Sabe el Rey que la protejo?

— „Nada sabe ni recela,  
contesta Marino á Várgas.

— El moro á Diego se acerca,  
y estas palabras profiere  
que á Perez de asombro llenan.

— „Várgas te debo la vida;  
en un combate por ti  
la existencia no perdí,  
y mi alma está agradecida.

Respóndeme la verdad:  
„¿amas á Zulema?., — No.

— La faz de Alhamár mostro  
su inmensa felicidad.

El observador atento,  
en la cautiva belleza  
leve señal de tristeza  
hubiera hallado al momento.

— „No; no la adoro, Alhamár;  
mi amor no existe en el suelo;  
mi bella mora en el cielo,  
y á ella siempre debo amar.

— „Porqué la tienes contigo?  
— „Porque huérfana la hallé.  
— „Pues yo la protegeré,  
„que mi amor tendrá conmigo.  
= „Verla es mi única alegría.  
= „No la adoras. — „La venero.  
— „Oye, que eres caballero,  
„y entenderás mi porfía.

„Hubo un festejo en Granada,  
„y en Viva-rambla un torneo,  
„y en él nació mi deseo,  
„que en él á Zulema vi.  
„¿Alguna vez has vencido  
„y has conservado la prenda  
„que te entregó como ofrenda  
„la bella que amabas? di.

— (Diego involuntariamente  
coje su banda y suspira;  
pero al momento retira  
la mano que la estrechó:  
Marino preocupado  
y á la entrada de la tienda  
fácil es que no comprenda  
lo que apenas escuchó.)

„¿Alguna vez, Diego Perez,  
„has sentido afan profundo  
„sin que halláras en el mundo  
„mas ventura que tu amor?  
„¿Sabes tú lo que es la vida  
„entregada á un pensamiento  
„triste, ardiente, violento,  
„de la angustia engendradora?

„Sentir un deseo eterno,  
„llorar una pena lenta,  
„llevar de las horas cuenta,  
„esperar y padecer,  
„y no hallar consuelo nunca,  
„y vivir siempre pensando,  
„y siempre, siempre esperando  
„el bien que vimos ayer?.

„Mas bella que mi Alhambra vi á Zulema,  
„mas pura que las aguas del Genil,  
„brillante como el Dauro, encantadora  
„como el oro magnífico de Ofir:  
„la gallarda palmera de Damasco

„ménos que mi Zulema era gentil;  
„las piedras de Golconda brillan ménos  
„que los ardientes ojos de mi luri.

„La vi y la amé como á la Meca el moro,  
„como á la cruz tu pueblo, y á sufrir  
„me condenó su ausencia dilatada,  
„que su padre cruel la trajo aqui.

„Ya sabes mi pasion, sabes mi pena;  
„sin ella en nada aprecio el porvenir;  
„mia es tu vida porque á tí la debo;  
„cristiano vencedor, dispon de mi.

— „Vé en paz con Zulema, moro;“  
Diego Várgas le responde:  
— „que comprendo tus pesares  
„porque los sufro mayores.

„Ve en paz, imájen de aquella  
„que mi corazon absorve,  
„y nunca á Alhamár olvides  
„que te ampara y te socorre.

— „Ni olvidaré al generoso  
„caballero, honrado y noble,  
„digno, en vez de hondos pesares,  
„de una existencia de amores.“

Iba á proseguir la mora,  
cuando interrumpió sus voces  
el eco agudo y sonoro  
de clarines y atambores;  
y entrando Mariño dijo,  
á nuestros puestos, veloces,  
que se va á romper el puente  
y al marino el Rey socorre.



8.

## PUENTE DE TRIANA.

Un puente hecho de tablas y cadenas  
pasa desde Sevilla hasta Triana,  
abasteciendo pródigo á los moros  
que ocupan la ciudad circunvalada.

Merced al puente del sitiado el brio  
crece en su situacion penosa y larga,  
y el sitiador se desespera y pugna  
sin conseguir el triunfo de su causa.

Fernando á quien contrista el largo asedio  
y va agotando las reales arcas,  
que padre de sus subditos evita  
el asalto que da sangrienta fama,  
y de la empresa colossal no cesa  
porque con ella al Hacedor ensalza,  
en su oratorio prosternado envia  
á la celeste altura su plegaria.

Ante la Virgen de los Reyes ora;  
la escelsa imájen de Jesus acata;  
y emb. llecido el rostro con el ruego  
á Bonifaz y á sus guerreros llama,  
y así les dice: "Inspiracion del cielo  
„hasta mi mente á protejernos baja.  
„Id Almirante, y en las fuertes proas  
„de dos naves veleras, gruesas planchas  
„de hierro colocad; el viento empuje  
„contra el puente con rápida pujanza  
„las desatadas naves, y crujiendo  
„la trabazon inmensa se deshaga.  
„En el palo mayor la cruz divina,  
„y la fé, Bonifaz siempre en el alma."

— Estaba hermoso el Rey; el sol brillante  
de esplendor su cabeza coronaba,  
y era su majestad fascinadora,  
pura y divina, angelical y santa.

Estaba hermoso el Rey: nunca su acento  
tan grato y tan enérgico sonára;  
nunca á sus ojos asomó tan dulce  
de su mirada la benigna llama.

En Castilla y Leon Fernando el Santo  
al católico Rey apellidaban,  
y sus banderas con afan seguia  
España entera que adoró al monarca.



9.º

## PORTENTO.

---

El viento azota las pintadas popas  
de dos veleras naves castellanas  
que el caudaloso Bétis divinizan  
con la enseña de Cristo enarbolada.

Hiende la quilla el ondulante seno  
dejando en pos de sí la estela vaga,  
y las proas al puente se dirijen  
que llega hasta el castillo de Triana.

Juega á placer con la estendida lona  
el aire que la encoje y la dilata,  
y las planchas de hierro de las proas  
la luz del sol magnífico abrillanta.

Junto al río contempla D. Fernando  
la fabulosa rapidez fantástica  
con que las naves á su meta vuelan  
compuesta de cadenas y de tablas.

Con asombro los árabes contemplan  
del Almirante la imponente audacia:  
y en la torre del oro y el castillo  
juntando están arrojadizas armas.

Escuadron lucidisimo de infieles  
sale de la ciudad, y Garci-Vargas  
con sus bravos guerreros, lanza en ristre  
á rechazar se apresta la algarada.

Las hondas y los arcos dan la muerte;  
dan la muerte las hachas y las lanzas;  
los moros que recelan un asalto  
ocupan la saliente barbacana.

Roja se torna la llanura inmensa;  
nunca lidió tan bien la árabe raza;  
nunca alcanzó mas lauros Garcí-Perez;  
nunca Fernando consiguió mas fama.

¡Y volaban las naves!...—pero al viento  
sucedió repentina, inmensa calma;  
y los ojos al cielo el Rey alzando,  
acongojado en su dolor esclama;

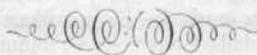
„Señor, por quien combato, no abandones  
„á tu siervo mas fiel; nunca desmayan  
„mi espíritu y mi fé; pero á mis hijos  
„sin tu amparo el valor acaso falta.

„Virgen inmaculada, yo te ofrezco  
„si intercedes por mí, tu imágen santa  
„que en su mayor mezquita tiene el moro  
„prosternado adorar ántes del alba.,,

Y cual si oyese su plegaria el cielo,  
complaciendo benigno su demanda,  
con mayor rapidez vuelan las naves  
y hácia el inmóvil puente se adelantan.

Temen el choque las cristianas haces,  
los árabes le esperan y se espantan:  
¡un ay salvage suena!... — ya no hay puente:  
la fuerte trabazon se desquebraja.

Rujen los moros y el cristiano triunfa,  
que el puente á los sitiados ya no ampara,  
y Várgas los persigue hasta el adarve  
mientras el Rey á Dios dirige el alma.



10.

VIRGEN DE LA ANTIGUA. (48.)

Silencio, oscuridad, noche sombría  
encapotan las tiendas y los muros:  
el ave de la noche y el vija  
velan no mas entre la sombra oscuros:  
duermen los defensores de Maria  
y los moros intrépidos y duros:  
solo un guerrero del real se aleja  
y á un fantasma de un sueño se asemeja.

Bajo los anchos pliegues de su manto  
resuena de la malla el fino acero,  
en sus lábios se escucha un rezo santo  
y avanza el atrevido caballero:  
tal vez guiado por divino encanto  
vuela á cumplir un voto lisonjero:  
llega á la puerta de Jerez y entra  
que á nadie el paso que le impida encuentra.

¿Velado va por misteriosa nube,  
ó tiende ante la faz del vigilante  
sus alas de oro y rosa algun querube,  
ó vapor soporífero en turbante  
el casco que eu aguda punta sube  
trueca á la vista torpe y vacilante  
del espía muslim?—La providencia  
dió sin duda á aquel ser su omnipotencia.

Cruza los tortuosos callejones  
que conduceu á la árabe mezquita  
donde entra á consagrar sus oraciones  
á la madre de Dios que al moro irrita;  
al moro que con necias pretensiones  
ánsia borrarla en la mansion bendita:  
la que fué catedral aun la conserva  
contra la secta islámica proterva.

Se postra ante la imágen el guerrero;  
la contempla, la admira y la venera,  
la adora, y de un halago placentero  
la dulce conmocion su seno altera;  
llega el encanto al corazon, certero;  
la relijion sobre su ser impera,  
y ve en conjunto de divinas tintas  
imágenes sagradas y distintas.

Ve una luz mas clara y pura  
que la luz que alumbra el suelo;  
ve la antorcha que en el cielo  
dora la faz del Señor;  
oye plácida armonía  
en una mansion de estrellas,  
y lleva al cielo sus huellas  
circundado de esplendor.

Besa el solio del Supremo  
que á su diestra le coloca,  
que con sus manos le toca,  
que una diadema le da;  
besa la fimbria del manto  
de la Reina de la altura,  
y respira con dulzura  
y adorando á Dios está.

Y en éstasis delicioso,  
y en sublime arrobamiento,  
del Señor oye el acento  
grato como voz de Dios;  
que es un sonido suave  
que hasta el alma le penetra,  
y ni sílaba ni letra  
pierde... del sentido en pos.

Y oye las sonoras alas  
de los ángeles, y el canto  
que le entonan á un Rey Santo,  
y se enerva su razon;  
que el peso de su contento  
le fascina, le estasia,  
y el exceso de alegría  
oprime su corazon.



11.

CAPITULACION. (19.)

El sitiador campamento,  
cual si compuesto de un hombre,  
tan solo pronuncia un nombre,  
tan solo exala un lamento.

„¡Al asalto! ¡el Rey nos falta!“  
y estas palabras se estienden,  
y sus ánimos se encienden  
y su corazon se exalta.

Tremolan sus estandartes  
con sus manos vencedoras;  
y máquinas destructoras  
acercan á los baluartes.

„El Rey nos falta,„ gritando,  
hácia Sevilla se lanzan,  
y valerosos avanzan  
sus torres desafiando.

¡Sangrienta, horrible jornada!  
Sitiados y sitiadores  
víctimas de sus horrores  
lidarán con alma osada.

El moro su hogar defiende,  
la fé alienta al castellano,  
y el impio mahometano  
cara la victoria vende.

Una nube de turbantes  
corona los torreones;  
vense en todas direcciones  
alquíceles ondulantes.

Atambores y lilies  
suenan, retumban y asordan,  
y la ancha llanura bordan  
castellanos y segryes.

Se ciegan las hondas cavas,  
las escalas se colocan,  
y ya los adarves tocan  
numerosas huestes bravas.

Sobre cadáveres lidian,  
y el enrojecido riego  
produce el ardor de fuego  
y hazañas que allí se envidian.

„¡El Rey! ¡el Rey!“ sin cesar  
repiten los castellanos  
que al campo de los cristianos  
le ven gozoso llegar.

Yañez, Mendoza y Giron  
le encuentran junto á Sevilla  
cuando aun en su frente brilla  
la luz de la inspiracion.

— „Nuestra es la ciudad, señores,“  
(dice el Rey con noble acento:)  
— „Dios protege nuestro aliento;  
se entregan sus defensores.“

Y en efecto, se adelanta  
al Rey un heraldo moro,  
y con respeto y decoro  
besando la réjia planta,

presenta con sumision  
capitulacion sellada,  
por el monarca otorgada  
que admite la rendicion.



12.

ENTRADA EN SEVILLA. (20)

Brilla el sol, que hace su entrada  
en la ciudad D. Fernando,  
y parece que alumbrando  
por orden de Dios está:  
ni una nube empaña el cielo:  
huye de entrada ostentosa,  
y en procesion decorosa  
á su nuevo reino va.

Le preceden los Infantes  
de Aragon y de Castilla,  
la nobleza que en Sevilla  
mas grandeza ha de obtener,  
los prelados, los guerreros  
que pisan con sus corceles  
el pendon de los infieles  
que sucumbe á su poder.

Y á la Virgen de los Reyes  
en trono portátil llevan,  
que á su protectora elevan  
con religioso fervor:  
y siguen los granadinos,  
y Alhamár y su grandeza;  
y Abuceit y el de Baeza (21.)  
que adoran ya al Redentor.

En pos de los castellanos,  
catalanes, leoneses,  
navarros y portugueses  
y el estrangero adalid,  
siguen el Rey y su esposa  
con sus damas y sus pajes,  
que con sus variados trajes  
hacen olvidar la lid.

Sale á la puerta de Góles (22.)  
Ajataf, y humildemente,  
en actitud reverente  
las llaves al Rey le da:  
el Vali triste y sombrío,  
lloroso y desconsolado,  
abandona el suelo amado  
y al Africa ardiente va.

Llega el Rey á la mezquita  
que encuentra purificada,  
y ante la imágen sagrada  
torna con delicia á orar;  
arma á Alhamár caballero,  
quien de Várgas se despide;  
y Várgas el tiempo mide,  
que vive para llorar.

En el suntuoso Alcázar  
mora el Rey, rico tesoro,  
obra ingeniosa del moro,  
de delicada labor:  
la angustia penosa y lenta  
del pueblo vencido crece,  
y el conquistador ofrece  
nuevos templos al Señor.



13.

SEVILLA ÁRABE  
Y SEVILLA CRISTIANA.

Sevilla cambió el turbante  
por la venerada cruz,  
y fué su espacio brillante  
gala del suelo andaluz.

Tuvo en época azarosa  
músicas de alegres moros,  
y alharaca bulliciosa,  
y danzas, cañas y toros.

Sonaron los añafles  
y los roncocs atabales  
en sus risueños pensiles  
y en sus palacios reales:

y los moros lidiadores  
diestros en la adarga y lanza  
fueron sábios trovadores  
para cantar su esperanza:

y de la guzla al compás  
lanzaban sus armonías  
que una mora oyó detrás  
de entreabiertas celosías:

y en banquetes y en festejos  
se deslizaban sus horas  
breves como los reflejos  
de las rápidas auroras:

y apuraban el deleite  
de una vida muelle y grata  
como la bella el afeite  
que en el cristal se retrata:

y en aromáticos baños  
néctar bebiendo en la copa,  
dieron envidia en sus años  
á Asia, Africa y á Europa:

y vestían los colores  
de sus bellas arrogantes,  
y lucían los primores.  
de lorigas y turbantes,

y de dagas damasquinas  
y de alfanges encorvados,  
cimitarras tunecinas,  
chales, pieles y bordados.

Sobre pérsicas alfombras,  
de la lámpara al reflejo,  
se dibujaban sus sombras  
copiadas en el espejo.

Sentados en los cojines  
de las blandas otomanas  
se entregaban á festines  
con las lindas musulmanas,

cuya ardiente faz tostada  
y negro cabello espeso  
daban lujo á su mirada,  
vida, fuego y embeleso:

que el árabe tipo hermoso  
voluptuosidad respira,  
y el ardor mas delicioso  
que el amor de fuego inspira.

Tenían artesonados  
de colores caprichosos,  
y relieves delicados  
y de asuntos ingeniosos,

encajes de filigrana,  
y calados, y molduras,  
y riqueza soberana  
en árabes esculturas,

y tapices orientales,  
y aljófares y amatistas,  
ricas perlas en sus chales,  
fajas de bordadas listas.

Caballeros en corceles  
lijeros como la pluma,  
cubiertos con alquiccles,  
á los que envidió la espuma,

entran en los combates,  
en los hijares hundiendo  
los dorados acicates,  
terror y asombro esparciendo:

y si acaso vencedores  
la escaramuza dejaron,  
al tornar de sus horrores  
en las mezquitas oraron:

y al ser desde el minarete  
llamados á la oracion,  
su aduar ó su retrete  
dejó su supersticion:

y así creyendo en Alá  
y en su profeta Mahoma  
que fe á su creencia dá,  
y aspirando auras de aroma,

entre zambras y entre fiestas,  
del manso rio á la orilla,  
disfrutaban las florestas  
de la májica Sevilla.

Paraiso de los moros  
era la andaluza perla,  
y alcanzaron sus tesoros  
los que intentaron vencerla.

La media luna cayó  
y se alzó la cruz divina,  
y otro ambiente respiró  
la poblacion peregrina.

Se oyó largo campaneó  
sobre la torre altanera,  
gallarda como el deseo  
de la cohorte guerrera.

Las flores fueron mias bellas,  
mas suaves sus olores,  
mas lucientes las estrellas  
iman de los trovadores.

Los estrechos ajimeces  
se trocaron en ventanas  
adornadas muchas veces  
con las esbeltas cristianas.

Sobre ligeros trotones,  
y en las manos los aceros,  
ostentaron sus blasones  
los altivos caballeros.

Si su derrota lloraron  
resignados los vencidos,  
su victoria celebraron  
los vencedores temidos.

Hubo bandas por trofeo  
bordadas por las hermosas;  
hubo largo clamoreo  
en las plazas espaciosas.

El relincho del corcel,  
el son de la ronca trompa,  
el magnifico dosel  
y de la fiesta la pompa,

el sonido del clarin,  
la alegría tumultuosa,  
y los brindis del festin  
de la multitud lujosa,

la esperanza en los semblantes,  
el consuelo de las almas,  
las bellezas deslumbrantes,  
los laureles y las palmas,

adornaron el recinto  
de un placer tan nuevo y grato,  
que en confuso laberinto  
todo fué amor y arrebató.

Hubo juegos de torneo,  
premios para el vencedor,  
canciones para el recreo,  
suspiros para el amor:

hubo grandes serenatas,  
decidores con fortuna,  
improvisaciones gratas  
sobre la cruz y la luna:

se alzaron anchos tablados

con alfombras y sitiales,  
que eran sitios destinados  
para personas reales.

Ingeniosa alegoría  
demostraba la victoria  
obtenida en aquél día  
el mejor para la gloria.

Espectáculos vistosos  
y fuegos artificiales  
admiraban afanosos  
los castellanos leales.

El Romero viandante  
abandonó á Palestina,  
y vió en Sevilla triunfante  
la enseña pura y divina.

La espada de San Fernando (25.)  
puesta en las aras del templo,  
terror del impio bando,  
fué de los buenos ejemplo.

Y el cántico relijioso  
resonó en el pavimento  
del recinto misterioso  
dando á Dios contentamiento.

Las bóvedas se llenaron  
de religiosa armonía,  
y en las capillas oraron  
los soldados de Maria.

Y en santo recojimiento  
y en apostura modesta  
hasta Dios llegó su acento  
tras los ecos de la fiesta.



15.

MUERTE DE S. FERNANDO. (24.)

Siempre va unido al placer  
el pesar.  
¿Por qué el contento de ayer  
mañana no ha de durar?

En un salon del opulento Alcázar,  
teniendo al confesor junto á su lecho,  
como cristiano cumple el Rey Fernando  
que está casi espirando.

Prostrado al rudo embate  
de enfermedad penosa  
se dispone á morir tranquilamente,  
y á su hijo Alfonso y á su amada esposa  
consejos da para la breve vida  
como Rey, como padre y buen creyente.

Lloran sus hijos y su llanto enjuga.  
— „Ama al pobre, hijo mio,“ (dice á Alfonso:)  
„proteje al desvalido, honra al anciano,  
„que la corona blanca de la frente  
„supera á la que ciñe un soberano.  
„Ensalza la virtud, castiga el vicio,  
„domina tus pasiones,  
„y el duro sacrificio  
„guiará tu conciencia y tus acciones.  
„Sábido serás; pero del sábio impio  
„es temible la ciencia.  
„Escucha, Alfonso mio:  
„pon tu fé en el Señor, sé buen cristiano,  
„y ántes que espire mi vital aliento  
„la bendicion recibe de mi mano.  
„Yo vuelo á renirme con mis padres.  
„¡Ay!... perdonadme... y moriré... contento.

— Sin sentido cayó sobre su lecho:  
su esposa y los Infantes  
vertieron llanto  
que arrancó el quebranto  
á su oprimido y angustiado seno  
de amarga pena y desventura lleno.  
— Alzó otra vez el Rey su frente tarda,  
las insignias reales  
con su trémula mano separando;  
y un crucifijo asiendo,  
con ojos de bondad y sonriendo

dice á la efígie que en la cruz contempla:

— „Señor, muero creyendo:

„la fé ha sido el tesoro de mi vida:

„yo te venero y amo,

„y al mundo doy tranquila despedida,

„esperando alcanzar en tu morada

„el amor de tu madre idolatrada,

„tu paternal ternura,

„y el...goce...eterno de tu eterna...altura.

==Murió el monarca, y al silencio largo  
el llanto sucedió cruel y amargo.

— Con sábias leyes el guerrero augusto  
rijó á Sevilla, dominó su reino,  
y al querer emprender nuevas conquistas  
Dios que le amaba le llamó á su seno.

Padre fué de su pátria; acerbo lloro  
sus hijos en su túmulo vertieron;  
y el alma pura de la Alteza humilde  
á la voz del Señor voló hasta el cielo.

La iglesia entre sus santos le coloca;  
Roma le canoniza; (26) con anhelo  
ora el cristiano en su real capilla,  
y el alma se dilata á su recuerdo.

Fernando es de los héroes el mas puro;  
Fernando de los Reyes el primero;  
la madre del Señor le dió su amparo;  
Dios en el cielo pabellon eterno.



NOTAS.



(1.) **MESNADAS.**—Compañías de gentes de armas al servicio del Rey ó de los grandes.

(2.) **LANZA DE DAMAS.**—Los caballeros no terminaban nunca las justas y torneos sin romper antes una lanza consagrada á las damas que eran el alma de dichos juegos.

(5.) **EL REY DE MURCIA.**—Aben-Hud, el mas rico y poderoso que habia en el reino de Murcia, se alzó con dicho reino contra los Almohades á los que venció y pasó á cuchillo con color de ceremonia y supersticion. Un moro hechicero que tenian por gran profeta dijo que el reino de los moros en España era acabado, y que en venganza de la muerte de los Almohades, el Rey Aben-Hud habria mala muerte y que nunca mas habria Rey moro en Sevilla.

(4.) **DE UN ÁRBOL Á ÉL VECINO DIEGO COJE UN VERDUGÓN QUE LE SIRVIÓ DE CLAVA.**—Habiéndole faltado la lanza y la espada y no teniendo ya á que poner mano, desgajó de una oliva un verdugon con su cepejon, y con aquel se metió en lo mas recio de la batalla. Don Alvar-Perez con el placer de las porradas que oia dar con el cepejon, decia cada vez que oia los golpes; ¡Así, así! Diego, machuca, machuca: é por esto desde aquel dia en adelante llamaron á aquel caballero Diego Machuca, y hasta hoy quedó este sobrenombre en algunos de su linaje.

(5.) **AJARQUIA.**—Arrabal fortificado de Córdoba.

(6.) **ABEN-HUD.**—Un privado suyo le embriagó en Almeria en un banquete, y despues que le tuvo sin sentido le ahogó en una alberca de agua.

(7.) **ALVAR-PEREZ.**—Murió el año de 1239, bajando con socorro á los que habian emprendido la ciudad de Córdoba ganando su ajarquia.

(8.) **Y DOMINGO Y FRANCISCO Y PEDRO, SANTOS.**—Santo Domingo de Guzman, San Francisco de Asis y San Pedro Nolasco.

(9.) **CÓRTES, FUEROS, CONSEJOS, DONACIONES.**—Véise la crónica de Sevilla.

(10.) **LOS ÁRABES LAS TORNARON COMO LLEVARLAS HICIERON.**—Don Fernando hizo volver á Santiago en hombros de esclavos moros las campanas que siglos ántes hizo llevar Almanzor en hombros de esclavos cristianos desde Santiago á Córdoba.

(11.) **ALJARAFE.**—Fertilisima porcion de tierra junto al Guadalquivir.

(12.) **REALES.**—Tenia el Rey Don Fernando su real asentado sobre Sevilla, que parecia una populosa ciudad, con plazas y calles para todos los oficios.

(13.) **JUANA PONTHEU DE AUMALE, BELLA FRANCESA.**—Esta Reina, muy próxima en sangre á los Reyes de Francia, y por todos lados emparentada con los Principes de la cristiandad, floreció en virtud, sabiduría y belleza.

(14.) **SEGRIS.**—Caballeros moros, guardadores de las fronteras, llamados por su empleo Segrys: de ellos sin duda tuvieron origen los Zegries.

(15.) **DE BÚRGOS EL RICO-HOMBRE.**—Don Ramon Bonifaz Rico-hombre de Búrgos, francés de Pátria ó de origen, fué decorado con la dignidad de Almirante, nuevamente instituida en su persona.

(16.) **BENAHOR.**—Así se llamaba entónces el barrio de San Benardo.

(17.) **PUENTE DE TRIANA.**—Tenian los moros de Sevilla una puente de madera fecha sobre barcas, amarrada con muy recias cadenas de hierro, por do pasaban de Sevilla á Triana y á toda aquella parte del río.

(18.) **VIRGEN DE LA ANTIGUA.**—Desde el tiempo de los godos duraba en la mezquita mayor una efigie de Nuestra Señora. Don Fernando entró una noche solo en Sevilla con deseo de adorarla; lo verificó protegido por el favor divino, y volvió á salir arrebatado de éxtasis por la puerta de Jerez. Se le cayó la espada y volvió en sí. Le encontraron

cerca de la ciudad Don Rodrigo Gonzalez Giron, Don Fernan Yañez y Don Juan Fernandez Mendoza.

(19.) CAPITULACION.—Se capituló esta famosísima entrega el día de San Clemente en el año 1248, despues de quince meses y tres días de cerco.

(20.) ENTRADA EN SEVILLA.—Se verificó el lunes 22 de Diciembre de 1248, sin duda por honrar á San Isidoro, Patron de Sevilla.

(21.) Y ABUCEIT Y EL DE BAEZA QUE ADORAN YA AL REDENTOR.—El Rey moro de Valencia y el hijo del de Baeza convertidos á la religion cristiana.

(22.) SALE Á LA PUERTA DE GÓLES.—Así se llamaba la puerta Real. Ajataf al ausentarse de Sevilla lloró tiernamente, y exclamó que solo un Rey Santo hubiera podido ganarla. Seguarda con especial veneracion en nuestra santa iglesia una llave con estas letras: "Dios abrirá, Rey entrará:" se cree que fué ofrecida en la ceremonia de la entrega.

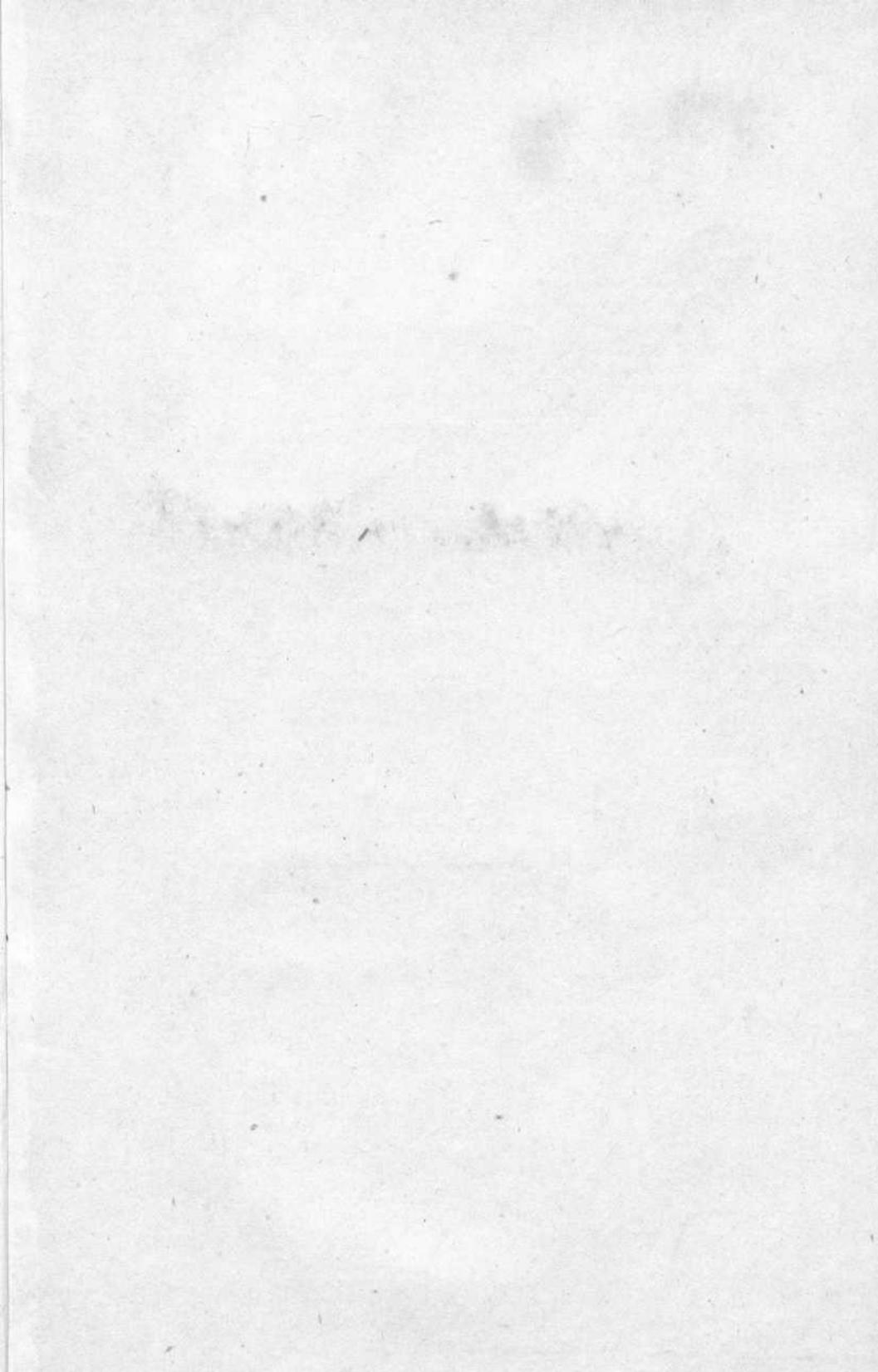
(23.) LA ESPADA DE SAN FERNANDO.—Su cetro, su espada y su corona se colocaron en la capilla Real despues de su muerte.

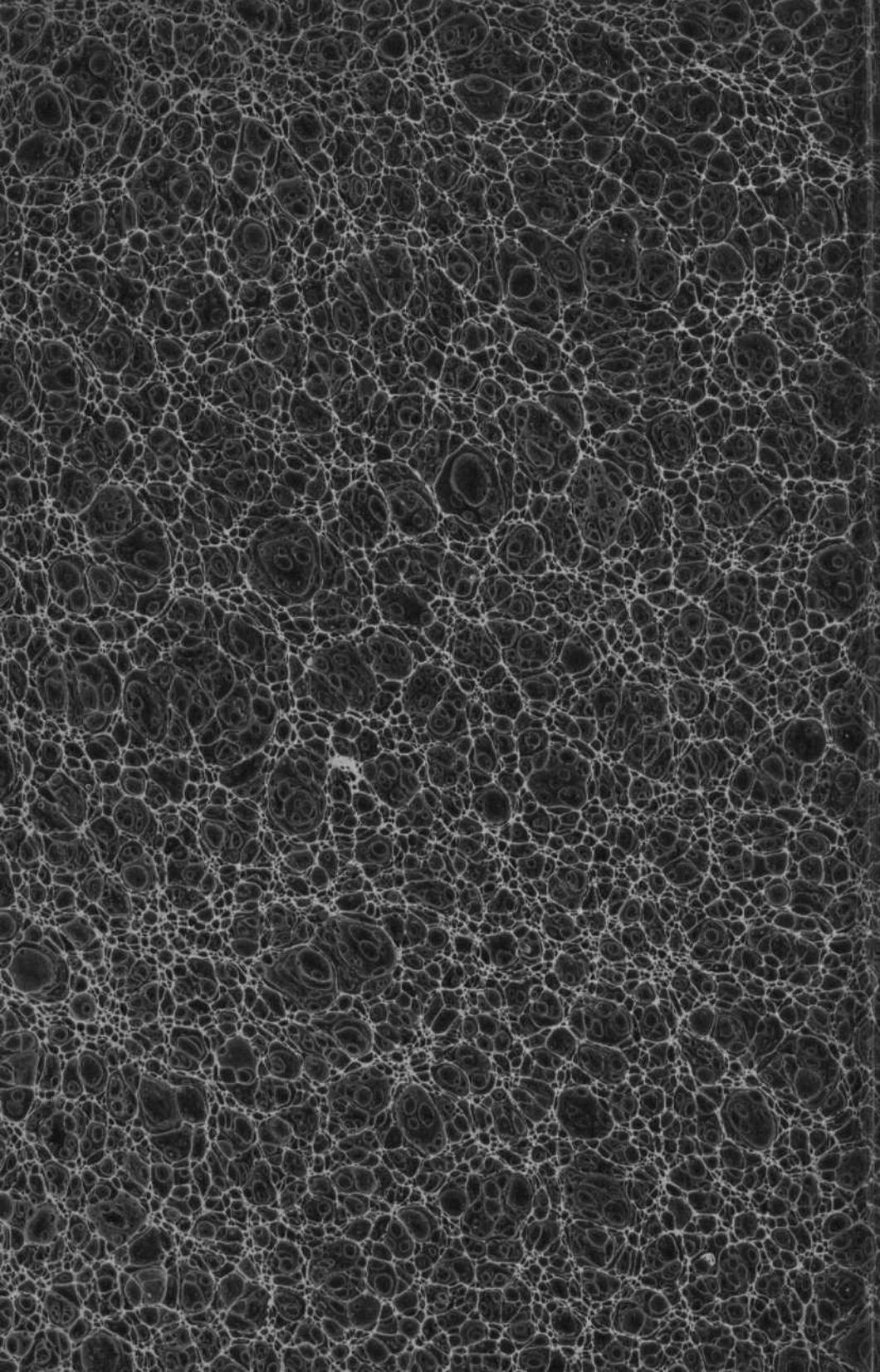
(24.) MUERTE DE DON FERNANDO.—Enfermó de hidropesía, y entregó á Dios el espíritu dichoso el juéves 30 de Mayo de 1252, á los 34 años de edad, y á los 34 y nueve meses ménos un día de su reinado, que comenzó á 31 de Agosto de 1217, y acabó en el Alcázar de esta ciudad de Sevilla, dejándole santificado con haber sido su habitacion y el lugar de su partida á la gloria.

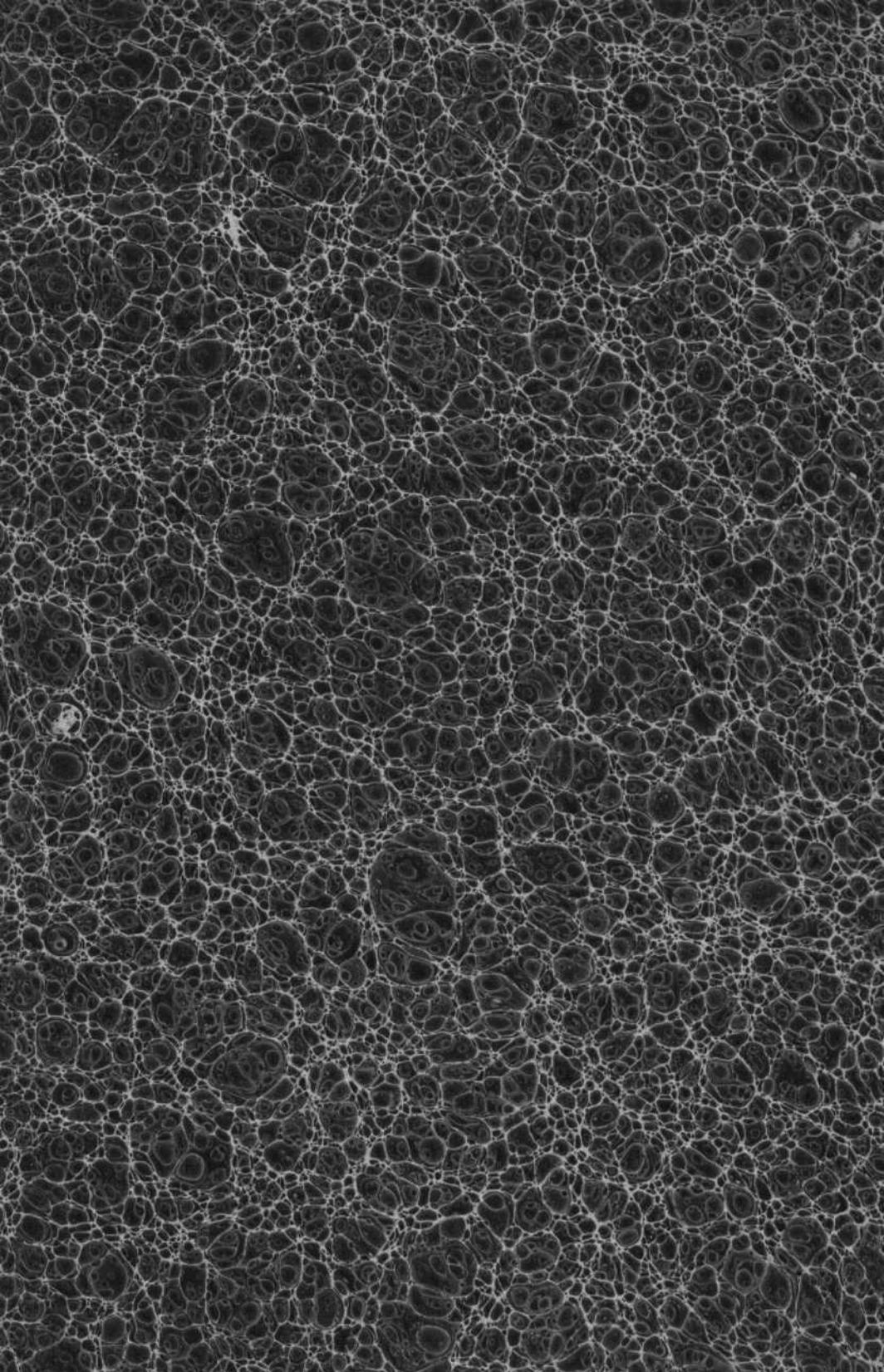
(25.) CON SÁBIAS LEYES EL GUERRERO AUGUSTO.— Véase el gobierno y fuero que dió San Fernando á Sevilla, en los anales de dicha ciudad escritos por Don Diego Ortiz de Zúñiga, de quien se toman la mayor parte de estas notas.

(26.) ROMA LE CANONIZA.—Por un Breve expedido el 4 de Febrero de 1671 á peticion de Don Carlos segundo y Doña Mariana, fué beatificado por el Papa Clemente X: y el 7 de Setiembre de 1672 expidió aquel otro Breve canonizándole, y señalando el día 30 de Mayo para celebrar su fiesta en todos los dominios de España.—El cadáver de San Fernando, que se conserva incorrupto en la Catedral de Sevilla, está expuesto á la adoracion de los fieles en una preciosa urna de plata en la capilla Real que lleva su nombre.

FIN.









915216

915216